

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 962.

Administración general, passage Sautnier, número 4, en París.

SUMARIO.

La barricada de la calle Saint-Antoine; grabado. — Las víctimas de la Commune; grabados. — Las ejecuciones en masa; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Apuntes

históricos. — Exposición del cuerpo del señor arzobispo de París en el palacio del Arzobispado; grabado. — Última resistencia de los insurrectos en la barricada de la calle del Four Saint-Germain; grabado. — El Palacio Real después del incendio; grabado. — Los insurrectos evacuando la barricada de la calle de Rennes; grabado. — El orgullo de un hom-

bre. — Destrucción de las armas de los insurrectos; grabado. — Las ruinas de los incendios; grabados. — Los cadáveres en las calles; grabado. — Bernabé Rudge. — Una casa del faubourg Saint-Antoine; grabado. — Un cuarto de la misma casa; grabado. — Ruinas de una casa en la plaza de la Bastilla; grabado. — Aviso á nuestras lectoras.



PARIS. — La barricada de la calle Saint-Antoine.

La barricada del faubourg Saint-Antoine.

Nuestro primer dibujo de este número figura un episodio importante de la lucha.

Estamos delante de la barricada del faubourg Saint-Antoine, ó del *faubourg Antoine*, como decían los insurrectos. En este mismo sitio cayó en 1848 Monseñor Affre, arzobispo de París, y no á larga distancia, en la cárcel de la Roquette, ha caído esta vez asesinado Monseñor Darboy.

Los oradores de los clubs habían jurado que el faubourg Antoine sabría acordarse en defensa de la Commune su antigua fama revolucionaria, y sabría elevarse á la altura de los *enragés* de Belleville; pero ese propósito se desvaneció ante las rápidas evoluciones de las tropas.

Aquí también el incendio ha dejado sus horribles señales. En la Bastilla, como en otras barricadas, la imposibilidad de recoger los muertos obligó los soldados á enterrarlos provisionalmente en el lugar en que habían caído; pero pocos días después los exhumaron y los llevaron á los cementerios.

R. de M.

Las víctimas de la Commune.

Un eclesiástico de París ha dado á la prensa la siguiente lista de los sacerdotes ejecutados por la Commune:

I. — EL 24 DE MAYO. — En la Roquette.

S. G. Mñor. Darboy, arzobispo de París.
M. Deguerry, cura párroco de la Madeleine.
M. Allard, capellan de las ambulancias.
El P. Ducoudray, superior de la escuela Sainte-Genève (jesuita).
El P. Clerc, profesor (jesuita).

II. — EL 23 DE MAYO. — En la puerta del 9º sector, avenida de Italia.

El P. Captier, superior de la escuela Albert-le-Grand (dominico).
El P. Delorme, profesor (dominico).
El P. Cottreau, profesor (dominico).
El P. Bourrard, profesor (dominico).

III. — EL 26 DE MAYO. — En la Roquette

El P. Olivain, superior de la residencia, rue de Sevres (jesuita).
El P. Caubert, procurador.
El P. Bengy (jesuita).
M. Sabattier, segundo vicario de Notre-Dame-de-Lorette.
M. Planchat, capellan del patronato de Sainte-Anne.
El P. Tuffier, sacerdote de Picpus, y otros tres sacerdotes del mismo convento.
M. Seigneuray, seminarista de Saint-Sulpice.

IV. — EL 27 DE MAYO. — En las barricadas del faubourg Saint-Antoine.

Mñor. Surat, vicario general, protonotario apostólico.
M. Bécourt, cura párroco de Notre-Dame-de-Bonne-Nouvelle.
Total: veinte y una víctimas conocidas, cuyos cadáveres se han hallado.

Lista de los sacerdotes puestos en libertad por el ejército de Versalles.

EL 25 DE MAYO. — En la Santé.

M. Icard, vicario general, superior del seminario de Saint-Sulpice.
M. Roussel, ecónomo del seminario.

EL 26 DE MAYO. — Salieron de Mazas.

M. Delfau, diácono.
MM. Barbequet, sub-diácono; Deschelette, órdenes

menores; Guitton, tonsurado; todos seminaristas de Saint-Sulpice.

EL 27 DE MAYO. — A las siete de la mañana, en la Roquette.

M. Bayle, vicario general, promotor.
M. Moléon, cura párroco de Saint-Séverin.
M. Crozes, capellan de la Roquette.
M. Petit, secretario del arzobispado.
M. Bacues, director del seminario Saint-Sulpice.
M. Lamazou, vicario de la Madeleine.
M. Amodru, vicario de Notre-Dame-des-Victoires.
M. Giraudet, vicario de Saint-Augustin.
El P. Bazain, jesuita.

Tales son los nombres conocidos de las víctimas y de los presos puestos en libertad por el ejército de Versalles. Bajo el régimen del terror, prendieron á setenta y ocho sacerdotes de las parroquias de París, de los cuales soltaron muchos antes de que entraran las tropas.

RELACION DE LOS ASESINATOS.

M. Lamazou, vicario de la Magdalena, que salió el 28 de la Roquette, escribe la siguiente relacion del espantoso drama que tuvo efecto en aquella cárcel.

Paris 28 de mayo de 1871.

Hemos salido hoy mismo de la Roquette 40 eclesiásticos, 50 sargentos de villa y 82 soldados, después de haber escapado á la muerte por un verdadero prodigio de audacia y sangre fría.

Prisionero del comité de salud pública en la Conserjería, en Mazas y en la Roquette, seré sóbrio en detalles sobre los hechos monstruosos é indignos de que esta última prision ha sido teatro, y que la colocan á partir de hoy entre los edificios de siniestra celebridad. Para señalar uno entre ciento, diré que un vicario de Nuestra Señora de las Victorias y yo hemos estado el día 25, media hora, disponiéndonos á ser fusilados.

Era tan solo una falsa alarma, y los agentes de la Commune encargados de estos amables convites consolaban á los que los merecían, asegurándoles que lo que no había pasado la víspera, no dejaría de suceder en el día siguiente. Debían simplemente traducir á uno de nuestros vecinos ante una especie de tribunal marcial que residía en el oficio de la prision, y se componía de ciudadanos muy notables, unos por su embrutecimiento y otros por su ferocidad.

Desde la atroz ejecucion de Mñor. el arzobispo de París, del cura párroco de la Magdalena, del presidente Bonjean, de M. Allard, antiguo misionero, y de los padres jesuitas Clerc y Ducoudray, que tuvo lugar el miércoles 24, en un rincón del patio exterior de la prision, sin motivo, sin juicio, sin proceso verbal, en presencia de un delegado de la Commune que no tenía mas mandato que un revolver en la mano, y de una cohorte de guardias nacionales que no manifestaban mas sentimientos que ultrajes infames; sin ningun respeto por los cuerpos de tan nobles víctimas, que fueron despojados de sus vestidos, metidos en una vulgar carreta y arrojados en un rincón del campo de Charonne, era evidente que á los burleros actos de la Commune iban á suceder los actos destructores y sanguinarios, y que los rehenes que habían sido conducidos desde Mazas á la Roquette al día siguiente de la entrada de las tropas versallesas en París, estaban destinados á sufrir la misma suerte.

El viernes 26, 38 gendarmes y 46 sacerdotes habían sido conducidos al Pere-Lachaise, en que los federados habían levantado la infernal batería que debía reducir á cenizas los mas hermosos monumentos de París, dieron orden de fusilar á los sacerdotes, soldados y sargentos de villa que contenía aun la cárcel. Los miembros de la Commune, que se obstinaban en su horrible tarea, se habían instalado en una sala de la Roquette; y desde mi calabozo seguí sus deliberaciones, pudiendo afirmar que no debe haber taberna mal afamada en que la conversacion sea mas *escogida*.

A las tres y media el proveedor de las ejecuciones significaba á los habitantes del segundo y tercer piso la órden de bajar. Cediendo á una generosa inspiracion de humanidad, un guardian de la Roquette, cuyo nombre debe ser conocido del público, M. Pinet, abría con rapidez todos los calabozos y declaraba que era horrible ver fusilar así gentes honradas por innobles bandidos; que iba á sacrificar su vida por la nuestra si queríamos oponerles una enérgica resistencia.

Esta proposicion fué acogida con ardor; cada cual improvisó un arma de hierro ó de madera; en la entrada de las puertas del tercer piso se establecieron dos sólidas barricadas; se abrió una abertura en el suelo para comunicar nuestra determinacion al piso inferior, en que los sargentos de villa meditaban igual designio. Bajo la direccion del guardian Pinet y de un zuavo emprendedor, el pabellon del Este se convertía en una verdadera fortaleza.

La Commune, que debía parodiar y aun sobrepujar todo lo que había de odioso y grotesco en la revolucion de 1793, dejaba penetrar en los patios á ese innoble populacho que no se ve mas en París que en los días siniestros, para proporcionarle el espectáculo de una nueva jornada de setiembre.

En tanto que la turba profería amenazas, algunos guardias nacionales de los que debían fusilarnos, subieron al tercer piso anunciando que iban á volar la cárcel por la mina, ó á reducirla á cenizas con su espantosa artillería del Pere-Lachaise, y pusieron fuego á una de nuestras barricadas para asfixiarnos. El incendio fué apagado en breve. Un detalle que me interesa en no olvidar: el individuo que agitaba su fusil de un modo cínico, era uno de los condenados á muerte por los assises del Sena, que estaba en la Roquette, y los detenidos que se habían hecho abrir las puertas salían de la cárcel al grito entusiasta de: ¡Viva la Commune!

Nuestra enérgica resistencia causó una viva emocion á la Commune, que huyó á su vez del lado de Charonne y de Belleville. La muchedumbre, impresionada por este ejemplo, siguió á la Commune y se pudieron cerrar las puertas. Estábamos medio salvados, gracias á la derrota que siguió después; entonces fué, cuando pasando de la amenaza á la seduccion, el populacho que había permanecido delante de la Roquette se puso á gritar: ¡Viva la línea! asegurando que quería buenamente poner en libertad á todos los prisioneros. Cuatro eclesiásticos y 48 soldados se dejaron alucinar por estas promesas: fueron fusilados inmediatamente contra uno de los muros de la cárcel, y los cuerpos de los cuatro sacerdotes sirvieron de coronamiento á la barricada vecina.

Durante la noche se estableció una severa guardia en los dos pisos; los gritos amenazadores del populacho, proferidos en el exterior, no asustaron á ninguno. En fin, el domingo 28 con el alba, el tiroteo con las tropas de Versalles, cuyo estrépito seguimos con una emocion mas fácil de comprender que de describir, nos anunciaba su aproximacion; á las cinco y cuarto, la barricada colocada enfrente de la Roquette fué tomada con arrojo por los soldados de infantería de marina, que ocuparon inmediatamente la cárcel.

Nos devolvían á la vida de un modo inesperado, después de cuatro días de la agonía mas cruel que imaginarse pueda.

Otro preso en la Roquette, M. Evrard, sargento primero del batallon 106, completa en una comunicacion de la misma fecha, 28 de mayo, los precedentes detalles.

Dice así:

Acabo de entrar en mi casa, después de haber permanecido por espacio de dos meses en las cárceles de la Commune; arrestado el 3 de abril, no he podido recobrar mi libertad hasta el 27 de mayo, gracias á una séria providencial de circunstancias.

Cuando caí en manos de esos bandidos, fuí conducido al depósito de la prefectura, donde estuve hasta el 13 de abril. El 22 de mayo, me sacaban de la prision de Mazas, donde fuí encerrado el 14 de abril, y transferido con otros treinta prisioneros á la Gran Roquette, al depósito de condenados. Entre estos se encontraba el arzobispo de París y M. Deguerry, cura de la Magdalena.

Monseñor Darboy ocupaba el calabozo nº 24 de la cuarta division, y yo estaba á corta distancia de él, en el nº 26. El calabozo ocupado por el respetable prelado, era en otra ocasion el cuarto del vigilante. Sus compañeros de cautiverio habían logrado procurarle una mesa y una silla. El calabozo era mas vasto que los otros.

El miércoles 24, á las siete y media de la tarde, el director de la cárcel, un tal Lefrançais, homónimo del miembro de la Commune, que tenía seis años cumplidos de presidio, subió á la cabeza de cincuenta federados, entre los cuales había un bombero, y ocupó la galería en que estaban encerrados los principales prisioneros.

Los nacionales se formaron en la galería que conduce al camino de ronda del Norte, y poco después un vigilante abrió el calabozo del arzobispo y le llamó en voz baja. El prelado respondió: ¡Presente!

Luego pasó al calabozo del presidente Bonjean, á los del abate Allard, miembro de la Sociedad internacional de socorros á los heridos, del padre Ducoudray, superior de la escuela de Santa Genoveva, y del padre Clerc, de la compañía de Jesús; el último llamado, fué M. Deguerry, cura de la Magdalena. Tan luego llamaban á los prisioneros, estos eran conducidos á la galería y bajaban por la escalera que conduce al camino de ronda; los federados, según pude colegir, estaban formados en dos filas, é insultaban á los prisioneros, dándoles epítetos que no puedo reproducir.

Mis infortunados compañeros fueron acompañados por los gritos de estos miserables hasta el patio que precede á la enfermería. Allí había un peloton de ejecucion. Monseñor Darboy se adelantó y dirigiéndose á sus asesinos les dirigió algunas palabras de perdon. Dos de estos hombres se acercaron al prelado, y arrodillándose ante él, en presencia de sus camaradas, imploraron su perdon. Los otros federados se precipitaron sobre ellos, y los rechazaron insultándoles; luego lanzaron al rostro de los prisioneros nuevas injurias, el comandante del destacamento perdió la paciencia, impuso silencio á los soldados, y después de haber lanzado un espantoso juramento, dijo:

«— ¡Etais aquí para fusilar á estos hombres y no

para apostrofarlos!» Los federados callaron, y á la órden del teniente cargaron las armas.

El padre Allard fué colocado contra el muro, y el primero muerto; luego Monseñor Darboy cayó á su vez. Los seis prisioneros fueron fusilados así, sucesivamente, y todos manifestaron un gran valor.

Después de esta trágica ejecución, hecha sin redactar un proceso verbal, y en presencia tan solo de algunos bandidos, los cuerpos de las infortunadas víctimas fueron colocados en un coche de la compañía de Lyon, requisicionado para este efecto, y conducidos al Pere-Lachaise, donde fueron colocados en la última zanja de la fosa comun, uno al lado del otro, sin que se tomasen siquiera la molestia de cubrirlos de tierra.

Las ejecuciones del 24 no eran mas que el preludio de las que tuvieron lugar anteayer.

Gracias á la benevolencia de un vigilante, M. Langevin, que se esforzó en hacer mi cautiverio menos duro, pude obtener los informes que anteceden y los que siguen, por incompletos que sean, proyectan alguna luz sobre tan espantoso drama.

El viernes por la tarde se renovó la escena del miércoles. y quince prisioneros, entre los cuales se hallaba M. de Vraise, empleado antiguamente en la prefectura de policía, el padre Radigue y el padre Olivain de la compañía de Jesus, cayeron bajo las balas de los miserables asesinos.

En este mismo día murió un joven seminarista que apenas contaba veinte años, hijo del director del colegio de Lons-le-Saulnier. Este joven me decía:

— ¡Pobre padre mio! ¡pobre madre! ¡Qué desesperación para ellos! En fin, pago por la posición de mi padre. ¡Feliz si con mi muerte puedo salvar á uno de mis semejantes y dar algunos remordimientos á mis verdugos.

El sábado, el vigilante Langevin vino á vernos á las tres de la tarde, y nos previno que no nos alarmásemos por el ruido que se oía en el exterior. En efecto, presenciábamos sucesos muy graves. El vigilante nos recomendó la paciencia.

A la misma hora, el delegado de la seguridad general, Ferré, miembro de la Commune, se instaló en una sala y mandó llevar á los prisioneros del penitencionario y los hombres que estaban guardados en la prisión, esperando ser transferidos á presidio. A estos les declaró que estaban libres. Se dieron armas y municiones á estos bandidos, y empezó al momento la matanza de un gran número de prisioneros, entre los que había sesenta y seis gendarmes. Cinco gendarmes han escapado felizmente al asesinato, por hallarse en la enfermería. Hacia las siete de la noche los guardianes de la cárcel, los detenidos libertados y armados, ¿estaban ébrios, ó habían juzgado prudente escaparse? Lo cierto es, que el vigilante Langevin subió, y abriendo las puertas de nuestros calabozos nos dijo:

— ¡Salvaos, pues lo podeis hacer, pero que sea pronto!

Nos lanzamos fuera de la cárcel. Llegados á la plaza de la Roquette, nos dividimos. M. Rabut, comisario de policía, había salido al mismo tiempo que yo; busqué un asilo en el barrio, y esta mañana entraba en mi casa.

Hé aquí los informes que puedo dar. Tal vez sea todo lo que pueda saberse de esta época sangrienta de nuestra historia.

MAS PORMENORES.

Un periódico trae lo siguiente:

« El miércoles por la tarde (24 de mayo), el delegado de seguridad general, Ferré, se presentó en la cárcel seguido de dos vigilantes y el director; un peloton de guardias nacionales quedó en la escalera.

— Ya nos faltan seis de los nuestros, — dijo Ferré, refiriéndose á los miembros de la Commune fusilados por las tropas: — ¡vengan seis!

Abrió el registro de la cárcel y escogió los seis prisioneros que debían morir. Dirigióse después al calabozo n° 24, y llamó al arzobispo, que, con sonora y tranquila voz, contestó:

— ¡Presente!

— La justicia de los tiranos, dijo el preso á Ferré, tarda mucho en llegar.

Los seis rehenes bajaron á un patio; allí se les hizo formar en fila, y en seguida dispararon los verdugos, cayendo todas las víctimas á un tiempo.

Después se oyeron unos veinte disparos; eran los nacionales que remataban á los heridos.

Al salir decía un guardia á su compañero, hablando de M. Bonjean:

— ¿Has visto cómo se levantaba el viejo? He tenido que acabarle.

LOS DOMINICOS DE ARQUEUIL.

Una de las escenas mas conmovedoras del degüello á que se han entregado los hombres del 18 de marzo, es la de los hermanos dominicanos de Arcueil, que se refiere del modo siguiente:

El 16 de mayo una banda de federados puso preso á todo el personal del establecimiento, bajo pretexto de que eran espías de Versalles. Llevaron á los dominicanos al fuerte de Bicetre, donde después de haberles despojado de su dinero, les encerraron en una casamata y allí pasaron ocho días á pan y agua, durmiendo en el suelo.

Cuando en la noche del 24 evacuaron los federados el fuerte, un oficial se presentó á decir á los dominicos que estaban libres y que los iban á llevar á los Gobelinos para mayor seguridad.

Mas en el camino los ve un hombre de camisa encarnada, y dice:

— Necesitamos trabajadores para la barricada; ¿qué hacen ahí esas sotanas? Que vengan y nos ayuden.

Los llevan á la barricada, pero las balas llovían con tal furor que fué preciso abandonar aquel punto.

De la barricada los conducen al sector por órden del coronel Cerisier.

A las cuatro de la tarde, por una orden del mismo personaje, forman á los dominicos en dos filas y los hacen salir de dos en dos; pero en el momento en que los primeros ponen el pié en el umbral, se oyen tiros; eran los guardias nacionales del 401 que ejecutaban las últimas instrucciones del coronel Cerisier. Veinte y uno de aquellos religiosos cayeron fusilados, y solo tres pudieron escaparse.

APUNTES BIOGRAFICOS.

MONSEÑOR DARBOY.

Jorge Darboy, arzobispo de Paris, nació en Fayl-Billot (Alto Marne), en 1813. A los veinte y un años empezó á enseñar teología y filosofía en el gran Seminario de Langres, donde estuvo hasta 1844, época en que abandonó su cátedra y salió para Paris, donde el arzobispo le confió el desempeño de algunos cargos importantes. En 1859 se encontró en el obispado de Nancy, que abandonó para tomar posesión de la Sede vacante de Paris en 1863. Era también senador, gran limosnero del imperio, miembro del Consejo de Instrucción pública y gran oficial de la Legión de Honor.

A pesar de repetidas instancias de Napoleón III, el papa se negó varias veces á conceder á Monseñor Darboy el capelo de cardenal.

Sus obras mas notables son: *Las Mujeres de la Biblia*, y una traducción del Kempis.

M. DEGUERRY, CURA PÁRROCO DE LA MAGDALENA.

M. Deguerry nació en 1797, y por lo tanto tenía setenta y cuatro años; era hijo de un comerciante en leña.

Después de haber principiado sus estudios en su país natal, fué á terminarlos al colegio de Villafranche; pero hasta 1820 no se ordenó sacerdote con dispensa.

Durante cuatro años profesó filosofía, teología y elocuencia, y después se entregó á la predicación. En 1824 predicó en Lyon, y en 1825 y 1826 en Paris. El año siguiente fué nombrado capellán del 6° regimiento de la guardia real por Carlos X, y siguió al regimiento á Orleans, Ruan y Paris hasta 1830.

En 1828 pronunció en Orleans el elogio de Juana de Arco, que repitió veinte y ocho años después.

De 1830 á 1839 continuó el curso de sus predicaciones, y luego M. Deguerry hizo un viaje á Roma. A su regreso entró de canónigo en Nuestra Señora, después fué cura de San Eustaquio, y en fin, de la Magdalena (1849).

En junio de 1861 fué llamado al obispado de Marsella; pero no aceptó y ocupó aquel puesto M. Cruice. En 1868 le encargaron la educación del príncipe imperial.

Condecorado en mayo de 1846, fué nombrado oficial de la Legión de Honor en 1853, y comendador el 8 de mayo de 1868.

M. Deguerry ha publicado muchas obras religiosas

M. BONJEAN.

Luis Bernardo Bonjean, antiguo ministro y senador, nació en Valence en 1804. Llegó á Paris cuando la revolución de 1830, á la cual contribuyó con entusiasmo. Tradujo las *Instituciones* y publicó un notable *Tratado de las acciones*.

Fué diputado, ministro de Agricultura (1854), consejero de Estado, senador, y uno de sus discursos mas notables fué la defensa del reino de Italia.

Era gran oficial de la Legión de Honor; había desempeñado cargos importantes en el foro, y tomó una parte muy activa en el plebiscito de 1869.

Otras víctimas ha habido, como hemos dicho ya; pero nos es preciso limitar nuestros apuntes. En la relación oficial sobre los asesinatos de la Commune se dice que 169 personas iban á ser fusiladas cuando entraron las tropas de Versalles y las libertaron.

LA CAPILLA ARDIENTE DEL SEÑOR ARZOBISPO DE PARIS.

Las inmediaciones del arzobispado han sido invadidas por una gran multitud en el corto espacio de tiempo que ha durado la exposición de Monseñor Darboy.

Se entra por el patio y la escalinata de honor del palacio.

Cinco ó seis habitaciones del piso bajo están tapizadas de negro con orlas blancas. Los soldados del 82 de línea montan la guardia.

La capilla ardiente es la tercera de estas salas á la izquierda.

En el centro de la habitación hay un gran lecho de columnas que sostiene un pabellón tapizado de negro con ornamentos de plata. El santo arzobispo, vestido con sus trajes pontificales, con la mitra en la cabeza, está expuesto sobre el lecho. Su rostro, hinchado y lustroso, no se puede reconocer.

El báculo y la cruz pastorales están al pié del lecho. La estancia está iluminada por una ventana al Mediodía.

Candelabros de plata están cargados de bugías. Una balastrada tiene el público á distancia.

Al lado, á la izquierda, y sobre otro lecho mas pequeño, hay trajes sacerdotales, insignias, etc.

El lecho arzobispal y su escalinata está cubierto de flores naturales y coronas.

Un sacerdote que está al pié del lecho acerca al rostro del martir todos los objetos de piedad que le presentan las personas.

Hermanas de diversas órdenes oran en la capilla.

En fin, se sale de esta piadosa peregrinación por una puertecita que da al boulevard de las Inválidas.

Las exequias de Monseñor Darboy han tenido efecto el miércoles 7 de junio. En nuestro próximo número consagraremos un artículo especial á esta dolorosa solemnidad.

Entre tanto, concluiremos estos informes, recordando, á propósito de la muerte de Monseñor Darboy, cuál ha sido la suerte de los arzobispos de Paris que se han sucedido desde la revolución de 1789 en el palacio arzobispal de Paris;

En 1793, Monseñor Juigné murió en el cadalso.

En 1815, el cardenal Maury debió refugiarse en Roma.

En 1830, Monseñor de Quélen fué perseguido por el populacho, que saqueó el palacio y luego le destruyó completamente. La persecución clandestina contra el prelado duró muchos años.

Su sucesor, Monseñor Affre, cayó en la barricada del faubourg Saint-Antoine el 24 de junio de 1848.

Monseñor Sibour, que le sucedió, fué asesinado por Verger en 1857.

Finalmente, después del apacible episcopado del cardenal Morlot, Monseñor Darboy ha tenido la suerte que sabemos.

En el mismo siglo un solo soberano ha muerto en su cama, y solo tres arzobispos de Paris no han perecido de muerte violenta.

R. S.

Las ejecuciones en masa.

Cuando el ejército libertador vió por la explosión simultánea de los incendios que se trataba de salvar á Paris de una destrucción completa, la energía de la acción tomó proporciones inesperadas y Paris vió producirse en sus calles una doble y sangrienta tragedia.

Los hombres de la Commune fusilaban sin descanso y sin piedad á los soldados que hacían prisioneros y á los ciudadanos pacíficos que se negaban á batirse con los federados. No era ya una lucha, ni una batalla, sino un horrible degüello.

Por parte del ejército, igual furor en la represión. Los soldados fusilaban en todas partes, en las barricadas, cuando las tomaban, en las calles, en las plazas públicas y al punto se formaron tribunales marciales para continuar sin tardanza la obra de aquellas espantosas represalias, ejercidas no contra combatientes, sino contra asesinos é incendiarios.

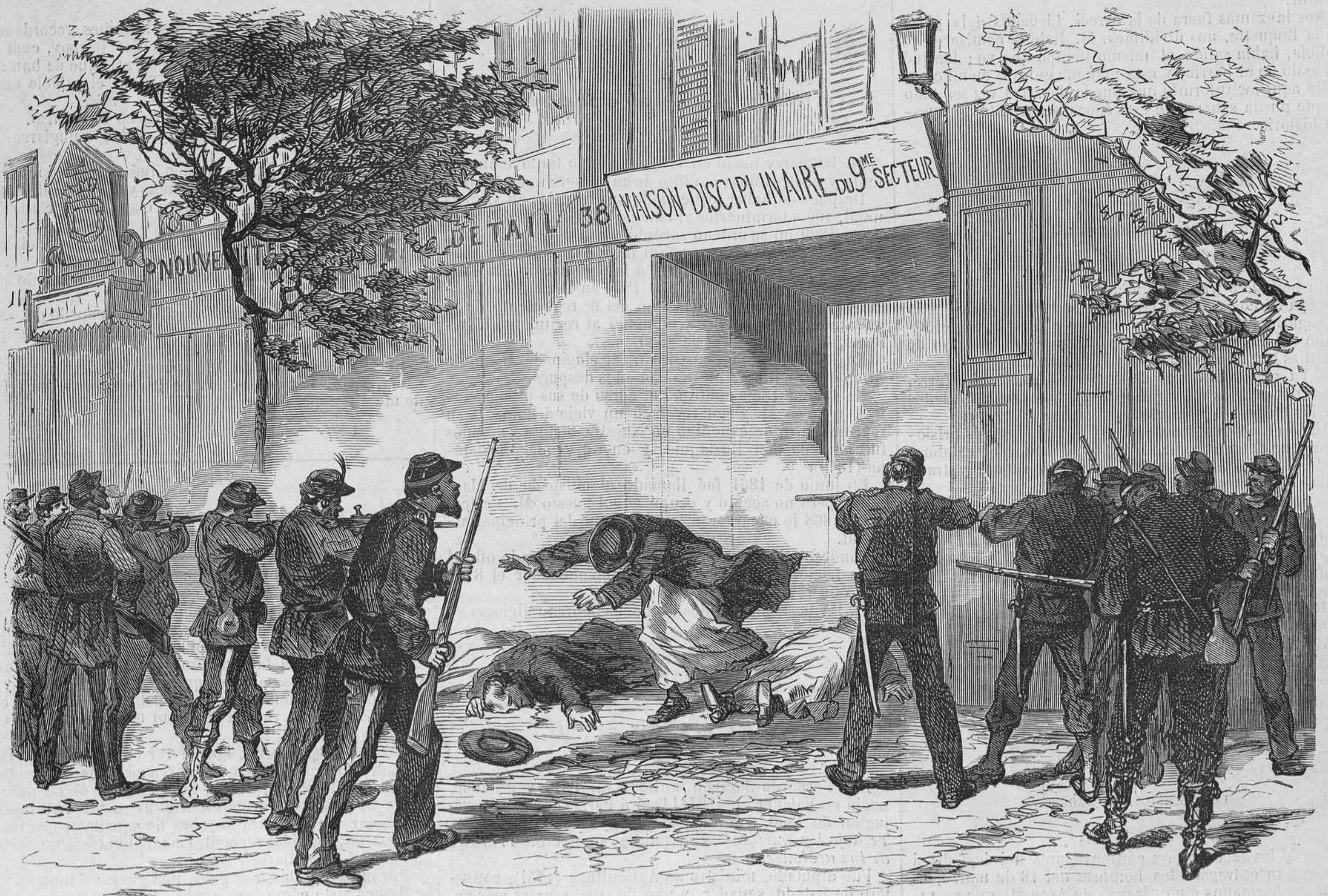
Por ambas partes, era pues, una guerra á muerte.

Hemos visto cómo funcionaba el tribunal marcial situado en el Chatelet.

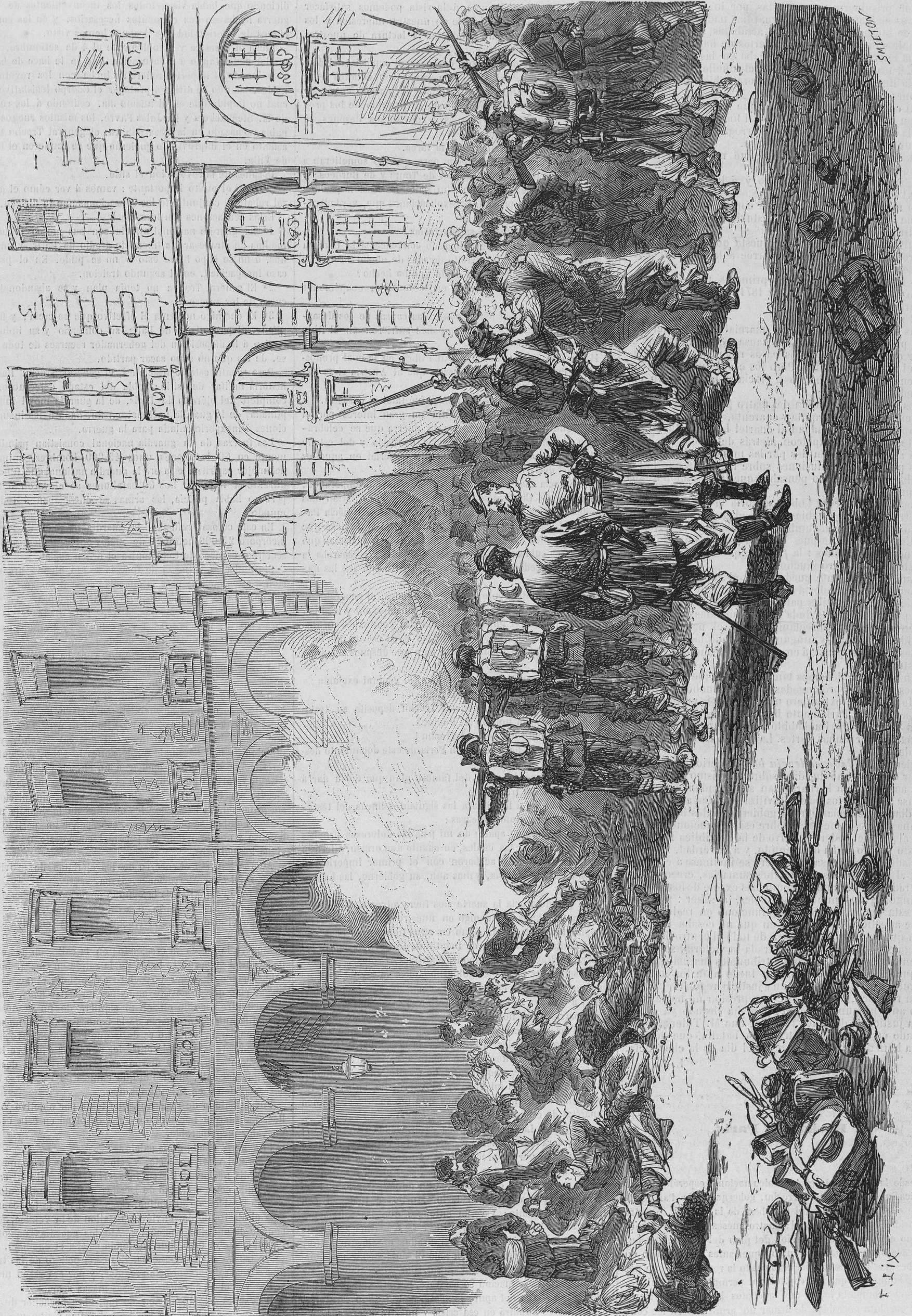


D. VERBIL

LAS VÍCTIMAS DE LA COMMUNE. — Asesinato del señor arzobispo de Paris, del cura párroco de la Magdalena y de otros cuatro eclesiásticos en la Roquette.



Asesinato de los dominicos de Arcueil por los federados.



PARIS. — Ejecución de los insurrectos presos con las armas en la mano, en los patios del cuartel Lobau.

A cada instante comparecían ante los jueces cuadrillas de prisioneros, compuestas por lo común de los mismos elementos, esto es, guardias nacionales, hombres de blusa, mujeres de los arrabales, vivanderas, y chiquillos de ambos sexos cubiertos de harapos.

Una enorme multitud se apiñaba en las inmediaciones del teatro del Chatelet y en el muelle para presenciar la llegada de los presos, que eran objeto de las maldiciones públicas.

Sin embargo, preciso es decir que los gritos de reprobación no les desconcertaban. Casi todos se presentaban con la cabeza erguida y en los interrogatorios respondían con un valor digno de mejor causa.

Muchos de ellos contestaban que no habían hecho más que cumplir con su deber.

¡Llamaban deber al incendio y á la destrucción de París!

Un miembro de la Commune contestó que no sentía lo que había hecho, y que si estuviera en su mano, lo repetiría.

Finalmente, se cita esta respuesta que patentiza toda la profundidad del mal que corroe á la sociedad parisiense.

— Hemos perdido las dos primeras partidas, la de junio de 1848 y la de mayo de 1871; pero nuestros hijos ganarán la tercera

Et nunc erudimini!

Las sentencias del tribunal marcial se pronunciaban con pleno conocimiento de causa, y no necesitábamos decir que el número de los casos reservados era siempre el mas considerable. Pero los casos que implicaban la pena capital, no hallaban gracia y la ejecución era inmediata.

Los sentenciados salían del teatro por grupos de veinte, veinte y cuatro, treinta y cuarenta, y con una escolta de tropa los encaminaban al cuartel Lobau, situado enfrente al cuartel Napoleon, detrás del Hotel de Villa. Iban atados de dos en dos por las muñecas. Ninguno de ellos podía hacerse ilusiones sobre la suerte que le esperaba; pero tampoco pensaban que la ejecución estaba tan próxima.

Llegados al cuartel Lobau se abría la puerta y volvía á cerrarse cuando había pasado el grupo (la *fournée*) como decía la muchedumbre extendida en todo el trayecto. Un momento despues se oían fuegos de peloton y algunos tiros aislados: la *fournée* quedaba fusilada.

Este suplicio duró muchos dias.

Nadie seguramente puede negar el derecho que tiene la sociedad de atender á su salvación, y de emplear los medios que cree útiles para conservarse. En virtud de este principio no hay duda que las medidas de represión deben armonizarse directamente con el peligro que ha corrido un pueblo, y ningun juez viendo las humeantes ruinas de París, pensará en negar el abismo abierto bajo nuestros pasos.

Sin embargo, debemos tambien decir que estas ejecuciones en masa, prolongadas durante muchos dias, han producido en el extranjero una impresión profunda. En una sesión del Parlamento belga M. Demeur pronunció estas palabras: « Ha habido en París actos horribles cometidos por ambas partes. La justicia no pierde nunca sus derechos. »

Además, la *Independencia belga*, periódico conservador como es sabido, dice sobre el mismo punto, que esos actos de fria barbarie han sido condenados por la prensa de todos los países civilizados. Mas aun: diversos diarios anuncian que el gobierno inglés ha dirigido algunas representaciones sobre esas ejecuciones sumarias al jefe del poder ejecutivo de la República francesa.

Esto último se ha desmentido, y á la verdad, sería demasiado. Si la prensa extranjera se inclinase á echar en cara al gobierno las ejecuciones sumarias, creemos que ilustrada con un conocimiento mas exacto de los hechos, distinguiría dos puntos esenciales, á saber: primero, que esta justicia rápida solo funcionó en realidad durante aquellos dias terribles en que no cesaba la lucha y en que se temía la voladura de todo el centro de París, y segundo, que una vez asegurada la victoria, se dieron órdenes para que cesaran los tribunales marciales, á fin de que los prisioneros tuvieran luego ante los consejos de guerra las garantías de una justicia regular.

En resumen, la energía de la represión no ha retrocedido ante ningun obstáculo; pero ha llegado ya el dia de la justicia y debemos recordar que M. Thiers ha declarado en la Cámara, antes de la batalla, que despues de la hora de la justicia, vendría el dia de la clemencia.

L. C.

Revista de Paris.

Desde la reunión de la Asamblea nacional esperábamos las explicaciones del general Trochu, gobernador de París durante el sitio, y como tal á la cabeza de la defensa. Nuestra curiosidad era bien natural; cuatro meses y medio hemos pasado esperando la realización del plan del general Trochu, plan desconocido para el vulgo; queríamos saber cómo un hombre que tan bien había organizado la resistencia, que nos había anunciado que no capitularía, permaneció en la inacción mas completa hasta que agotados los últimos víveres hubo absoluta necesidad de firmar un armisticio en las condiciones que todos conocemos.

El general Trochu ha ocupado dos sesiones, las de los dias 13 y 14, y con su discurso á la vista podemos satisfacer nuestra curiosidad, dando parte de nuestra impresión á los lectores que se hayan interesado en la lectura de nuestras crónicas del sitio parisiense.

Obra difusa por demás es la de hacer el análisis del discurso en cuestión, pues no solo habla con detalles de lo concerniente al sitio, sino que abraza el período entero de la guerra desde la declaración hasta el convenio de los preliminares firmados en Versalles y convertidos despues en tratado de paz definitivo.

Sin embargo, emprenderemos la tarea.

Tratábase de una proposición para que se sometieran á exámen los actos de la delegación de Tours y de Burdeos; y con este motivo el general Trochu halló la ocasión que deseaba para dar sus prometidas explicaciones que, verdaderamente, han sido completas.

Pero ¿han sido tambien satisfactorias?

¿El general Trochu habrá logrado convencer á la Cámara y al país de que con un ejército de mas de medio millón de hombres no pudo hacer mas de lo que ha hecho?

Antes de dar nuestra opinión en la materia, ocupémonos del discurso.

El general principia por exponer las causas de los desastres que al inaugurarse las campañas sufrieron en el Rhin los ejércitos franceses.

M. Trochu dió á luz en 1867 una obra, en la cual pronosticaba á la Francia la misma suerte que al Austria si se cometían las mismas faltas.

Ahora bien, cometidas las faltas, fué fatal el desastre.

Esta parte del discurso presenta un gran interés por el cuadro que traza de los consejos de guerra que se celebraron en Chalons, de las conferencias de París y del estado tan deplorable á que llegó el gobierno imperial en aquellos momentos decisivos.

No se hacia caso en París de las órdenes del emperador; y mientras en Chalons se resolvía que ya no se darían mas grandes batallas y que las tropas se concentrarían hacia París para el caso inevitable ya, de que la capital tuviese que soportar un sitio, la emperatriz con los ministros hacían que los ejércitos subieran hacia el Norte, donde les esperaba la catástrofe de Sedan, única en la historia militar de las naciones.

Antes del rompimiento de las hostilidades, el general Trochu fué á ver á un personaje político considerable y le dijo:

— La Francia, el imperio y el ejército caminan á un desastre, y las razones están explanadas en el escrito que aquí traigo. Suplico á Vd. que me oiga para que despues me sirva de testigo.

Y habiendo repetido estas palabras, el general exclama:

— Conde Daru, sea Vd. mi testigo.

Por la misma época el general Trochu deposita su testamento en casa del notario M. Ducloux.

¡El testamento del general Trochu!

¡Cuánto no se ha hablado en París de este documento desconocido!

No menos que del plan, del famoso plan que debía dar á París un solemne triunfo.

El general lee á la Cámara las siguientes líneas del testamento que traducimos íntegras:

« Pido á Dios que aparte de mi país las dolorosas pruebas que le amenazan; las cuales, en cuanto á su origen, diferirán muy poco de las que acabaron con el primer imperio. En ambos casos, la Francia, y mas aun, su gobierno, las habrán merecido.

» Si por desgracia la suerte nos fuera adversa, si tuviéramos que combatir al enemigo en nuestro propio territorio, la opinión se extraviaría como en otros tiempos en acusaciones de falta de concurso, de ineptitud, de traición contra los generales. Habría otros Dupont, Marmont, Grouchy y Bénédict, sobre los cuales el gobierno (tal es la ley de esas situaciones) arrojaría la parte mas pesada de sus propias faltas, y á quienes el sentimiento público, excitado por un violento patriotismo, no perdonaría los descalabros de la bandera ni las desgracias del país. Hay razones para que sea yo uno de esos generales, á juzgar por la desconfianza que me demuestra el poder desde hace veinte años, y para defender mi memoria, si llega aquel caso, he escrito, en cierto modo, la historia moral de mi vida, y he expresado antes de los acontecimientos, las previsiones que me sugirió el exámen imparcial de esos sucesos y la experiencia de mi carrera.

» Apéndice. Las imaginaciones embriagadas se enfriarán; no se tardará en considerar esa guerra tal como es, respecto de la Europa, por la precipitación con que se ha inaugurado, por los esfuerzos que habrá que hacer en el mayor desorden, y con gastos espantosos, á fin de preparar lo que decían estaba preparado, sin estarlo. Mucho se turbarán con este descubrimiento; y verán entonces que las agitaciones belicosas de la calle, que los gritos: « ¡Á Berlin! » y hasta un entusiasmo sincero y generalizado, modificarían muy poco el fondo de esa situación bajo el doble concepto político y militar. Quiero esperar que despues de ganada la primera batalla, la situación se aclarará, permitiendo al gobierno que nos saque del apuro honrosamente: de lo contrario, el imperio se hundirá en esa crisis y nuestra querida Francia recibirá hondas heridas. ¡Dios la salve! »

Proféticas palabras. Hagamos justicia al general Trochu diciendo que había visto todos los inconvenientes de una guerra hecha sin los elementos necesarios, y en las condiciones de inferioridad que despues hemos visto.

Llega el desastre y seguidamente el 4 de setiembre, y el orador contestando á la acusación que se le hace de haber abandonado al imperio, refiere su lucha con los revolucionarios, cuando se dirige á proteger el Cuerpo legislativo; lo cual no impide que en el mismo dia, cediendo á los ruegos de M. Steenackers y M. Jules Favre, los mismos ruegos que había rechazado en la plaza pública, el general Trochu tome asiento en el improvisado gobierno que se reúne en el Hotel de Villa.

Despues de la revolución el sitio.

Hé aquí el punto importante: vamos á ver cómo el general rebate el conjunto de las acusaciones que le dirigen.

Estas acusaciones son tres.

1ª La guardia nacional ofrecía con sus masas todos los medios de atravesar las líneas de asedio de París, y una de ellas, ó no se supo hacer esto ó no se pudo. En el primer caso incapacidad, en el segundo traición.

2ª El general Trochu no tenía plan y se abandonaba al curso de los sucesos.

3ª El enemigo no tenía el efectivo que se creía; y finalmente, el patriotismo de París, su comercio y su industria ponían á la disposición del gobernador recursos de toda clase, de los que no supo sacar partido.

Para rebatir estas acusaciones, el general Trochu hace la historia militar del sitio; habla del estado defectuoso, in-completo del ejército de París, de la guardia móvil disciplinada, de la guardia nacional en fin, dada á las insurrecciones é inexperimentada para la guerra.

Las fuerzas de la guardia nacional consistían primitivamente en 60 batallones, unos 45,000 hombres, animados del mejor espíritu: esta era la guardia nacional que funcionó durante el imperio. Los 60 batallones se elevaron á 250; pero no había policía, las armas se entregaban á todo el mundo.

En este colosal refuerzo, la guardia nacional de París se incorporó 25,000 hombres de malos antecedentes, y 6,000 sectáreos capaces de todo contra el orden social.

Sin embargo, á fuerza de fuerzas se dió alguna organización á estas masas; pero la guardia nacional se enorgulleció, lo que fué una causa de flaqueza para la defensa.

Llegaron hasta á decir que la tropa para nada servía sino para gritar: ¡Viva la paz! Y entre tanto se tramaban conspiraciones como la del 31 de octubre.

Estos eran los elementos con que contaba el general Trochu, quien despues de haber expuesto lo que hizo para la defensa, nos revela por fin el plan de la ofensiva.

Descartado todo el tecnicismo, el plan se reducía á lo siguiente: sorprender al enemigo por el lado de Ruan y del Sena Inferior; pero ¡ay! contra este plan, estaba Gambetta, que rechazaba todo el sistema del general Trochu, y que imbuido de las abominables tradiciones de 1793, preconizaba un sistema contrario: oponer á un enemigo tan bien preparado y surtido de todo como el alemán, las turbas improvisadas en las provincias, sin organización, sin disciplina, sin armamento; hacer que los oficiales de la guardia móvil fuesen nombrados por elección, sobreponer un partido á la defensa y nombrar todo un personal compuesto de correligionarios políticos.

Ahora bien, sin el socorro de los ejércitos de provincia, el plan del general Trochu fracasaba.

Y á todo esto en París la opinión pedía mas y mas á medida que avanzaba el sitio, una salida en masa.

¡Locura! dice el general Trochu; era una tentativa imposible.

Empero la marea va creciendo; en la calle, en los clubs, hasta en el gobierno se habla de la salida en masa. Los alcaldes piden al general Trochu su dimisión; el general se niega, pide que le destituyan, y por fin así se hace, sin que se encuentre un solo oficial, ni siquiera de un grado inferior, que quiera encargarse de la famosa salida en masa.

Sin embargo, esto no es decir que el general Trochu no haya combatido. Muy al contrario, el orador enumera la serie de combates que se dieron en torno de París desde el principio del sitio, incluso el que califica de « esfuerzo de la desesperación » en los últimos dias.

Fué la batalla de Buzenval, que tenía por objetivo Versalles. La guardia nacional de París desplegó en esta ocasión un valor incomparable.

El general añade estas palabras:

» Pero el valor no basta, y esto es lo que no comprendía la guardia nacional. En su inexperiencia, llegaba al campo de batalla con un exceso de bagajes y de impedimentos, y carecía tambien de disciplina. Cuando vi por la tarde que cedía el ala izquierda, envié un batallón de la Vendée, acompañado de guardias nacionales. Allí los guardias nacionales no supieron ya distinguir en dónde estaba el enemigo, y tiraron contra sus compañeros. Ese es el peligro de las tropas que carecen de organización regular, y por esa razón me resistí á volver al enemigo con esas masas armadas.»

En cuanto á la afirmación de que el gobernador de París no capitularía, el general Trochu la explica fácilmente. Quiso decir que no capitularía ante ningun esfuerzo del enemigo,

pero no ante el hambre de una ciudad que contaba dos millones de personas.

Llegamos á la conclusion del discurso.

El general se resume diciendo que un ejército que pasaba por el primero del mundo, que, solo entre todos los de Europa, habia hecho en los últimos cuarenta años la guerra de Ultramar y la guerra continental, fué, no destruido, sino arrebatao entero y verdadero, pues el emperador, con todos los generales y oficiales, con los soldados y un inmenso material de guerra, fueron llevados á Prusia tras un desastre desconocido hasta hoy, y que se efectuó en el corto espacio de tres semanas.

De este desastre nació al acaso en dos horas un gobierno nuevo, que tuvo que improvisarlo todo para la resistencia, y que ha tenido en respeto á los ejércitos enemigos, compuestos de mas de un millon de hombres.

Los esfuerzos duraron cinco meses.

Se ha querido extraviar á la opinion pública propalando en Francia y en el extranjero que el primer hecho, esto es, las tres semanas de espantosos desastres, se debian á la fatalidad y á algunas faltas; y que el segundo, la resistencia improvisada durante cinco meses, era el origen de todas las faltas, de todas las enormidades.

El general Trochu piensa que esto es tan falso como injusto.

Los hombres y las cosas del 4 de setiembre no son mas que la resultante forzosa, inevitable, de los desastres de Wissemburgo, de Reichshoffen, de Forbach, de Sedan, de Estrasburgo y de Metz. No, el origen, la causa, la responsabilidad de todas las desgracias públicas de la Francia, no arrancan del 4 de setiembre; no hay en la historia de Francia mas que una fecha que merece ser siempre objeto de la execración pública: es la fecha de la declaracion de guerra, guerra inspirada por el orgullo y que se hizo locamente, sin preparacion y sin alianzas.

Estas fueron las últimas palabras del general, aprobadas unánimemente por la Asamblea, inclusa la adhesion especial del jefe del poder ejecutivo.

La justificacion del general Trochu no ha obtenido, sin embargo, en la opinion, todo el asentimiento que en la Asamblea.

Seguramente se admira la exactitud de sus predicciones sobre el mal éxito que debia tener para la Francia la guerra declarada por el imperio; y se estima en lo mucho que vale todo lo que hizo en Paris mientras solo se trató de defenderse; pero en lo que toca al resultado del sitio, despues de tantas y tan brillantes promesas, no hay ni puede haber absolucion de ninguna especie. Era preciso combatir ó hacer dimision; era preciso utilizar las fuerzas colosales que se organizaron en Paris, y las tentativas de salida que se hicieron en diferentes ocasiones, no correspondian nunca al deseo general de los combatientes. En este punto, que es el principal de la larga historia que el general Trochu ha expuesto en la tribuna de Versalles, habria sido preferible el silencio, pues nada nos ha revelado que pueda hacernos comprender su inaccion, su falta de iniciativa, nada que pueda excusar su conducta. Las cosas han quedado en el mismo estado en que se hallaban antes de la explicacion, con la desventaja para el general de que esta explicacion no ha convencido á nadie. Ahora sabemos por fin lo que valia aquel famoso plan en que Paris fundó tantas esperanzas hasta el dia en que el armisticio abrió los ojos á todo el mundo, desgraciadamente cuando era tarde ya, cuando no habia mas remedio que sucumbir, porque el hambre no da espera, y Paris sucumbió en efecto, con medio millon de hombres sobre las armas!

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

AL GUADALQUIVIR.

El humilde Manzanares
Alza pálido su frente,
Y con gemido doliente
Así comienza á plañir.

Escucha, rival dichoso,
Dios que adora el Mediodia,
Escucha la pena mia,
Glorioso Guadalquivir.

Hubo un tiempo en que mi mano
Para tejer mi guirnalda,
De tu trono de esmeralda
Robó una brillante flor;

Cuando la miraste de otro,
Cuando en mi mano la viste,
Un suspiro al aire diste
Y tu gloria se nubló.

Mis orillas la ofrecieron
Blanca alfombra de verdura,
Y su plácida hermosura
Se retrató en mi cristal.

Las ninfas que á mí me sirven
Se huyeron avergonzadas
De mis márgenes heladas
Á mis grutas de coral;

Pero ¡ay! que de mis orillas
Vuela la deidad que adoro,
Á verter sus rayos de oro
En tu cielo de zafir.

Hiere tu plectro de concha
Que vuelve el alba á tu Oriente
Y torna á brillar tu frente,
Glorioso Guadalquivir.

¡Cuán leve pasó mi dicha!
¡Cuán ligeros mis amores!
Sus últimos resplandores
Empaña negro vapor.

Así su disco de plata
Tal vez esconde en la nube
Cuando silenciosa sube
La dulce estrella de amor.

¡Quién tornará, dueño mio,
Á ver tu cintura leve
Pasar cual copo de nieve,
Por mi escondido vergel!

En encendidos aromas
El ambiente se empapaba,
La brisa el ala plegaba
Dormida sobre el clavel.

De tu labio purpurino
Los anudados acentos
Enseñaron á mis vientos
Á modular y gemir.

Ya ni modulan ni gimen
Los vientos del Manzanares,
Preludia tú sus cantares,
Glorioso Guadalquivir.

Cuando mi margen pisaba,
Mi seno se estremecía
Al ver la luz que vertía,
De su cándido cendal.

Así en el Eden se viera
Lucir la primera aurora
Y abrirse, naciendo Flora,
La azucena virginal.

Su nombre solo me queda
Melancólico y sublime
Como arpa Eolia que gime
Envuelta en negro crespon.

Al escucharte, la calma
Torna á mí, y el Dios del sueño
Su ramo empapa en beleño
Y toca mi corazón.

Detente, ingrata, detente;
Un lecho tengo de flores,
En él juegan los amores
¿Y quieres, mi bien, partir?

No me escucha, no me escucha:
Y vuela, pérfida amante,
Hacia tu seno radiante,
Glorioso Guadalquivir.

En arreboles te inflama
Como si entre riza espuma
Rompiera tu espesa bruma
El ala de un querubin.

La rosa la dió sus tintas:
El cielo su dulce calma;
Su talle esbelto la palma,
Su suavidad el jazmin.

Por tí ambicioné la gloria
Para que su eterno rayo
Como el puro sol de mayo
Ardiera sobre tu altar.

¿Y tú el altar abandonas
Do el índico incienso humea,
Y olvidas su hermosa tea
Por la embriaguez del azar?

Ni mi último adios, ingrata,
Te conmueve: el raudo viento
Lleva en sus alas mi acento,
Mi acento que va á morir.

Óyele, rival dichoso,
Dios que adora el Mediodia,
Gózate en la pena mia,
Glorioso Guadalquivir.

D.

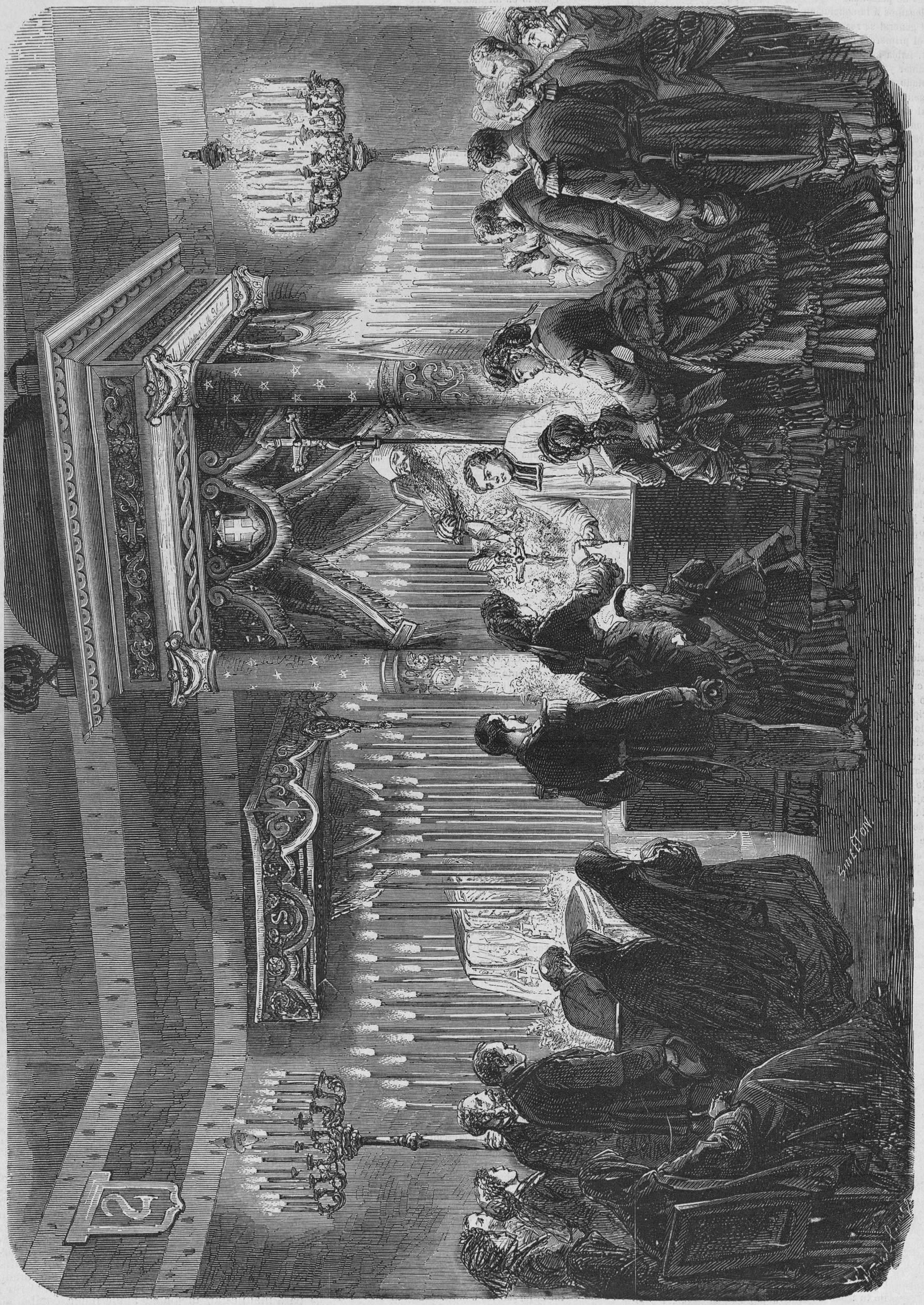
Apuntes históricos.

ANA DE BRETAÑA.

De todas las provincias francesas de que la feudalidad hiciera otros tantos reinos dentro del reino mismo, una sola de la mas grande importancia era la que faltaba reunir al centro comun, la Bretaña: su reunion á la Francia verificada en el reinado de Carlos VIII es uno de los acontecimientos mayores del de este príncipe.

Ana, hija del duque Francisco II, se halló á los catorce años única heredera del ducado de Bretaña, y al momento formáronse muchedumbre de partidos para disponer de su mano; despues de muchos reveses de fortuna que sufrió Ana con fortaleza superior á su edad y sexo, la jóven duquesa convino en desposarse con Maximiliano de Austria, de edad de treinta años, y viudo de la duquesa de Borgoña; el matrimonio se verificó por procuradores.

La Francia no podia ver con indiferencia que el poseedor de la herencia de la casa de Borgoña fuese el dueño de la de Bretaña, ofreciendo así á los ingleses el medio de poder atacar á la Francia por Este y Oeste. ¿Qué remedio, pues, habia sino romper el matrimonio de Ana y Maximiliano para que pudiese en seguida dar su mano al rey de Francia Carlos VIII? Pero este negocio era árduo y lleno de dificultades: Carlos estaba desposado con una hija del mismo Maximiliano, de modo que era preciso á un tiempo hacer á este el agravio doble de despreciar su hija y arrebatarle su esposa; se necesitaba además el consentimiento de la duquesa de Bretaña, tanto mas difícil de conseguir, cuanto se hallaba en una edad en que nada agrada mas que lo que brilla á la vista, que Carlos VIII era tanto mas deforme á pesar de sus veinte años, cuanto era hermoso y apuesto Maximiliano que tenia treinta; además se quejaba Ana de haber sufrido del primero una grande injuria, pues habiendo sido propuesta en matrimonio á este príncipe, habia respondido que solo se casaria con ella cuando hubiera perdido toda esperanza de conquistar con las armas el ducado de Bretaña; habia además otro obstáculo y era que solo Luis, duque de Orleans, era el que podria reconciliar á Ana con Carlos; pero este príncipe que habia visto á la duquesa de edad de trece años, se habia enamorado de ella; por ella se habia rebelado contra el rey; para manifestar mejor su amor habia combatido bajo las banderas bretonas en la batalla de Saint-



Exposicion del cuerpo del señor arzobispo de Paris en el palacio del Arzobispado

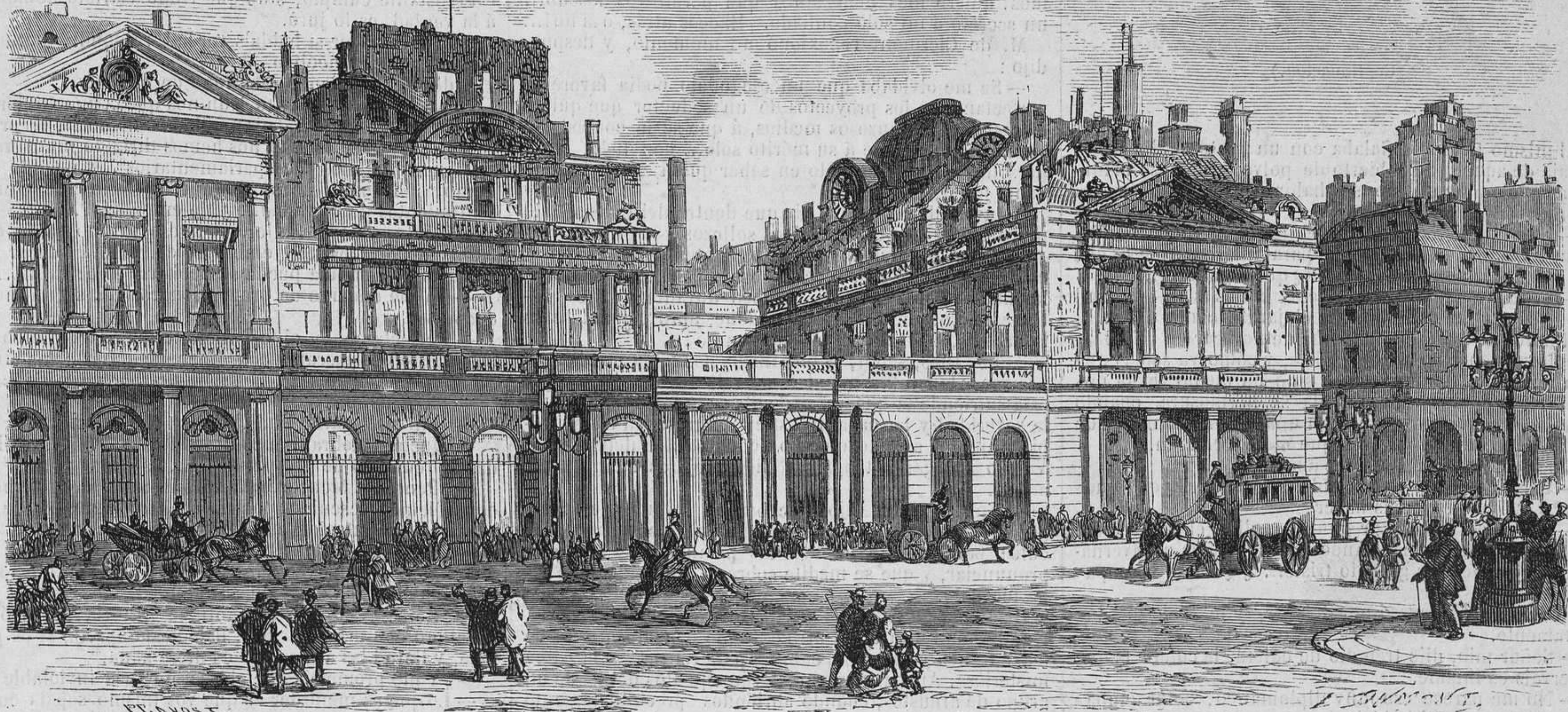
Aubin; vencido y hecho prisionero habia sido encerrado en la torre de Loches.

Con este estado de cosas era necesario persuadir al duque de Orleans que olvidase su resentimiento, renunciase á su amor y determinase á la duquesa á ser la esposa de Carlos: todos estos obstáculos no impidieron al conde de Dunois el emprender la negociacion; puesto Orleans en libertad, el duque de Longueville obtuvo que se prestaria á lo que de él se queria, haciéndole ver que su amor era una locura despues del desposorio de Ana con Maximiliano, y demostrándole que accediendo á ser el mediador para que el rey consiguiese su deseo adelantaria su dicha en lugar de



Última resistencia de los insurrectos en la barricada de la calle del Four-Saint-Germain.

diferirla, pues siendo el rey de constitucion tan débil y enfermiza, no podia vivir mucho y pronto dejaria amor y corona: en cuanto á Maximiliano era preciso hacer conocer á la duquesa no la convenia tanto como se imaginaba; pues tenia un hijo que seria solo el heredero de los Estados de Austria y Borgoña, que ella se veria obligada á seguirle á Alemania, á permanecer allí mucho tiempo, durante el cual no seria difícil á los franceses apoderarse de su ducado; que si estos le declaraban la guerra no podia recibir socorros ni de Alemania ni de Flandes, al paso que siendo reina de Francia no tenia que temer enemigos de la Bretaña: adherido á los



El Palacio Real despues del incendio.

intereses de esta política el duque de Orleans, hizo valer estas razones con Ana de Bretaña, la hicieron titubear pero no la convencieron; entonces conoció Dunois que era necesario ponerla en la necesidad de determinarse uniendo á las negociaciones los combates, un ejército francés vino á camparse á una legua de Rennes.

Esta demostracion tuvo un éxito completo, el matrimonio de Carlos y Ana se celebró en Langeais el 6 de diciembre de 1491: se insertó en el contrato que si el rey moria sin sucesion, la reina estaba obligada á casarse con el sucesor á la corona, y que si moria antes que el rey, este heredaría el ducado de Bretaña: bien se ve



Los insurrectos evacuando la barricada de la calle de Rennes.

en todo esto que se trataba mucho de la muerte de Carlos VIII que no vivió, en efecto, mas que hasta el mes de abril de 1498. Sincera y vivamente afligida la reina usó luto negro, aunque hasta entonces las reinas lo habian siempre llevado blanco, y se retiró á su ducado; pero Luis de Orleans, entonces Luis XII, no podia perder esta ocasion de satisfacer su amor y reunir á la Francia la Bretaña, así es que obtuvo su divorcio con Juana, hija segunda de Luis XI, cuya mano le obligaron á aceptar, y el 8 de enero de 1499 se casó con la viuda de su predecesor; de este matrimonio nacieron muchos hijos, pero solo vivieron dos hembras, la mayor, Claudia, casó

con el duque de Angulema que reinó bajo el nombre de Francisco I: entonces fué cuando el ducado de Bretaña, representado hoy por los departamentos del Loira inferior; de Morbihan, de Finisterre, costa del Norte, y de Ille-et-Vilaine quedó irrevocablemente unido á la Francia. Se ha dicho comunmente que Francisco I había atraído las señoras á la corte; el hecho es que encontró este uso establecido por Ana de Bretaña, que aficionada á la magnificencia y esplendor, fijó á su lado gran número de señoras y señoritas nobles que los caballeros siguieron á Paris.

Ana tuvo las mejores cualidades, aunque un deseo acaso demasiado vivo de dominar y de intervenir en los negocios públicos; sin embargo, nada se encuentra en ella que no sea digno de alabanza, su prudencia, su firmeza, su generosidad, su espíritu de orden, la pureza de sus costumbres: buscaba los artistas y los sabios que tuvieron mucho que agradecer á su liberalidad; aun existe en la biblioteca real un monumento no menos precioso que curioso de su gusto por las ciencias y las artes que es su libro de horas, manuscrito, según se usaba, esá adornado de miniaturas muy bien ejecutadas, las unas representan operaciones agrícolas, las otras las fiestas del año. Además las márgenes del libro están adornadas de plantas, de insectos sacados del natural. Las plantas copiadas son 300 y casi todas se reconocen bien, muchas no se pintarian hoy mejor; esta colección de dibujos puede mirarse como la mas completa y preciosa de su clase y época.

N. L. DE L.

El orgullo de un hombre.

(Continuacion.)

Al mismo tiempo señalaba con un gesto malicioso el ropaje de aquel que cubierto de polvo y de yeso manifestaba claramente no se había introducido por la puerta.

— ¿Os burlais, señor? dijo el joven lleno de confusión, ¿y qué derecho teneis para interrogarme? ¿qué venis á hacer aquí vos mismo? ¿qué significa?...

— Vaya, vaya, señor Latouche, no os será tan fácil explicar por qué os hallais en el jardín como á mí. El jardinero me avisó que acababa de florecer en el invernáculo un soberbio geranio triste, y como ya sabéis que esta magnífica flor no se abre sino en medio de la noche, venia á admirarla en toda su hermosura, cuando tuve la torpeza de tropezar con una maldita campana de vidrio, bajo la cual merecia que me encerraran, y...

Alberto se abrasaba de impaciencia.

— Pero bien, dijo rechinando los dientes, ¿qué queréis? ¿qué os proponéis hacer?

— ¡Pues es rara la pregunta! replicó el implacable caballero, mofándose y dando un paso hácia el invernáculo; voy á ver ese geranio triste... ¿Queréis acompañarme?

Alberto se le atravesó por delante, y le rechazó violentamente.

— Señor mio, dijo trémulo de cólera, la conducta que observais es infame.

— No me parece eso muy diplomático, señor embajador futuro: si así hablais de mi conducta, ¿qué podré yo decir de la vuestra?

Expresándose de este modo el caballero, procuraba siempre aproximarse á la puerta del invernáculo; pero Alberto se había colocado delante de él con resolución, y daba muestras de estar dispuesto á rechazarlo con todo su poder.

— ¡Caballero! exclamó con energía; yo puedo ser un aturdido, un imprudente acaso; pero en cuanto á vos, el único epíteto que os conviene es el de miserable.

El caballero se sonrió desdeñosamente, y contestó con la misma ironía tranquila.

— Un diplomático como vos, no debe ignorar que las injurias son cosa insignificante al lado de los hechos; pero sois muy joven y tan incapaz de disimulo, que cualquier hombre de alguna experiencia descubrirá vuestros mas ocultos sentimientos: en prueba de ello, ¿queréis que os diga toda vuestra historia? ¿queréis que os explique hasta vuestras ideas las mas íntimas y reservadas?

— Caballero, respondió Alberto como asustado, abusais de mi posición: alejémonos de aquí en nombre del honor y del respeto que se debe á la debilidad...

— No, señor, no: es preciso que me escuchéis, joven, repitió el caballero levantando la voz; aquí, ahora mismo, y si hay alguna lección que extraer de mis palabras, el que las oiga, cualquiera que sea, podrá aprovecharla. Sois astuto, señor Alberto, pero como acabo de deciroslo, sois también demasiado joven para hacer el papel de ambicioso. Vamos, ¿queréis que os explique la situación que ocupais en el castillo de Sibry? Estais galanteando á dos mujeres, ambas jóvenes, ambas hermosas, ambas adornadas con cuantas gracias pueden excitar la admiración de las gentes; pero colocadas ambas en extremos opuestos. La una rica, pertenece á so-

lar antiguo ó ilustre título... La otra es pobre, desconocida, sin familia, y hasta sin nombre. Quizá esas dos jóvenes os aman en igual grado... eso lo ignora. Lo que sé es que por ambición amais á una de ellas con la que no os queréis casar, y no amais á la otra, que es á la que pretendéis ofrecer vuestra mano...

En aquel momento resonó dentro del invernáculo, aunque sofocado, un grito de dolor.

— Señor, dijo Alberto en voz baja y amenazadora, no pronuncéis una palabra mas; estais calumniando mis intenciones...

— ¡Algun eco hay por aquí! prosiguió el caballero en su tono de amarga ironía y señalando con el dedo al invernáculo: en cuanto á la calumnia, señor Latouche ya sabéis que es arma esa con la que no se ataca á nadie cara á cara. Sí, señor: os he dicho que no amais á la joven y rica heredera á la que pretendéis seducir para que tenga que aceptaros por esposo, y que vuestro verdadero amor pertenece á una pobre niña hasta cuyo nivel no queréis humillaros, todo esto es cierto; y no lo es menos el que á despecho vuestro el amor es mas fuerte en vos que el orgullo. Ahora bien conoceréis que como hombre de honor, como amigo del dueño de esta casa y quizá por otros derechos que mas adelante conoceréis, estoy obligado á averiguar cuál de esas mujeres es á la que habeis arrancado una cita. Preciso es que yo sepa si habeis sido bastante vil para especular sobre la seducción á fin de obtener una mujer muy superior á vos, ó bastante infame para proponeros robar á una mujer que creéis inferior vuestra el honor, único bien que poseo.

Después de haber pronunciado estas palabras en alta y clara voz, cuyas inflexiones pasaban sin esfuerzo de la ironía del cortesano á la profunda indignación del hombre generoso, el caballero quiso de nuevo introducirse en el invernáculo, pero Alberto volvió á rechazarle, y despojándose de toda prudencia, exclamó fuera de sí:

— No entrareis, no, señor, ¡aunque todos perezcamos! quiero mas bien morir que permitir os descubrir un secreto á mí solo confiado. ¡Hacedos atrás, ó si no!...

M. de Clermont reflexionó un momento, y después dijo:

— Se me olvidaba que un escándalo podia favorecer perfectamante los proyectos de un seductor que quiere obligar por vergonzosos medios, á que se le conceda lo que debiera negarse á su mérito solo... con todo, estoy personalmente interesado en saber quién es esa imprudente joven, y...

Detúvose de repente al oír que dentro del invernáculo prorumpieron en comprimidos sollozos.

El dolor, y acaso los remordimientos de la desconocida, produjeron mas efecto sobre el caballero que todas las amenazas de Alberto. Titubeó durante algunos instantes; lo que notado por Latouche, aprovechándose de la ventaja, dijo con acento suplicante:

— Por Dios, señor, si mis instancias nada pueden sobre vos, ¡tened lástima al menos de los tormentos que está sufriendo la que ahí se oculta! ¡Emplead contra mí la severidad y hasta la injusticia, pero dejad á una débil mujer el secreto que no le es posible defender!... Vuelvo á rogaros tengais á bien alejaros conmigo de aquí...

— Enhorabuena, dijo el caballero levantando la voz para hacerse oír de la persona encerrada en el invernáculo; pero que no olviden las palabras que acabo de pronunciar, y que se medite sobre el juicio que de vos he formado.

Hizo en seguida señas á Alberto para que le siguiese, y ambos se retiraron al otro extremo del jardín á fin de dejar franco y abierto el camino para retirarse á la dama misteriosa. Apenas desaparecieron aquellos detrás de un grupo de arbustos, cuando abriéndose precipitadamente la puerta del invernáculo, salió, siempre envuelta en su manto, la desconocida, y con la rapidez de la gacela se dirigió hácia el castillo. M. de Clermont y Alberto, sin verla, oyeron un ligero ruido entre las hojas, semejante al que hubiera podido causar una ligera ráfaga de viento; y entonces, después de esperar algunos instantes, el caballero continuó en tono indiferente, cual si no acabasen de ser actores en tan violenta escena.

— Puesto que nuestra bella aventurera estará ya segura en su cuarto, podemos renovar nuestra conversacion...

— Silencio, dijo Alberto sumamente conmovido: me parece... ¿si nos habrá oído alguien?

— Es mas que posible, porque para eso habeis gritado con admirable perfección, señor diplomático en ciernes; pero veamos de qué se trata.

En el mismo momento oyeron varias voces pronunciadas en las inmediaciones del castillo: sin embargo, una sola ventana permanecía iluminada, en cuyo cuadro brillante reconoció el caballero la indeterminada forma de un hombre que en pié é inmóvil parecia afanarse por descubrir lo que pasaba.

— Mucho temo que vuestra necia altercacion haya alarmado á los habitantes del castillo, dijo apresuradamente el caballero: y seria muy poco agradable que el que nos mira desde la ventana de aquella torre forme ni aun sospecha de lo que acaba de suceder... Mas entre tanto olvido, continuó haciendo que Alberto apresurase el paso, que vuestra presencia ahora muy notable en este sitio, podria acrecentar el escándalo; y como decentemente no podeis volver por donde vinisteis, voy á abrirlos la puerta falsa del parque, cuya llave tengo en el bolsillo.

Dirigiéronse ambos con rapidez hácia la puerta, mas al doblar una calle de árboles se encontraron cara á cara

con un hombre que al parecer andaba averiguando quiénes eran los misteriosos paseantes.

— ¡Quién va allá! preguntó con bronco acento y parándose.

— ¡Silencio! dijo el caballero á Alberto.

Acababa de reconocer al ayuda de cámara del conde.

— Yo soy, señor, Antonio, dijo tranquilamente; no pudiendo dormir me salí á pasear con este caballero...

El criado los miró al uno y al otro con grande atención, si bien Alberto se volvió un poco para evitar ser conocido. Concluido el corto exámen de Antonio, saludó profundamente y se alejó pronunciando medio entre dientes: perdonadme, señor caballero.

Signieron andando, y M. de Clermont, volviendo la cabeza y con aspecto pensativo dijo:

— ¡Nada de esto me gusta!... ¡Con tal que ese viejo trompeta no nos haya conocido y que la señorita haya conseguido entrar en el castillo sin ser vista!... ¡Imprudente!

Pronto llegaron á la puerta falsa que abrió el caballero con suma precaucion; pero antes de desaparecer del parque cuyas salidas conocia perfectamente, Alberto que apenas habia pronunciado dos palabras desde que se alejaron del invernáculo, buscó en medio de la oscuridad la mano del caballero y le dijo en tono bajo y conmovido:

— Esperad, señor mio, aun me queda que deciros.

— ¡Justamente otro tanto os iba á hacer observar!

— Sea cual sea vuestra opinion con respecto á mí, sabré soportarla, caballero; pero no quisiera que de lo que habeis visto sacáseis consecuencias contrarias al honor de la mujer que tan cruelmente habeis atormentado... Es pues un deber en mí declararos que se halla tan pura...

— ¡Las protestas de estilo! dijo el caballero en tono burlon; ¡así se portan siempre los que se precian de caballeros! En cuanto á mí, creeré cuanto sobre el particular tengais á bien decirme.

— No es solamente el deber de un caballero el que en este instante cumplo, sino que rindo estricto homenaje á la verdad, os lo juro.

— Tanto mejor si hablais verdad, respondió Clermont con acento melancólico.

Y después volviendo á su tono de ironía:

— Ahora bien, señorito, aun nos queda una friolerilla que arreglar: Si no habeis perdido la memoria, recordareis que no hace mucho nos hemos dirigido mutuamente algunos epítetos poco parlamentarios... y cuando dos hombres decentes se suponen recíprocamente ciertos sentimientos de dignidad... ¿Me entendeis?...

— Tanto, señor caballero, que eso mismo es lo que tenia que deciros. Sin embargo, convendrá buscar un pretexto que impida pueda sospecharse lo ocurrido...

— Yo me encargo de proporcionároslo... de un modo decoroso.

— Perfectamente, el caballero tiene, según creo, la costumbre de pasearse con frecuencia hácia las cercas de la tarde á orillas del Mosa, junto á la roca blanca...

— ¡Exactísimo!

— Mañana estaré allí á esa hora con un amigo.

— Mucho celebraré encontrar al caballero, y no olvidaré el cuidado de proveerme de... espadas.

— ¡Pensadlo bien, caballero! dijo M. de Clermont con afectado descuido, porque en otro tiempo gocé de bien mala reputacion en el manejo de esa arma...

— Sí, sí, ya sé, respondió Alberto con desden: he oído hablar de cierto desafío que tuvisteis con un hombre á quien hoy llamais vuestro amigo.

— ¡Hola! ¿Conoceis esa antigua historia? replicó el caballero con mas seriedad; dejémosla aparte, si os parece, y llevad las armas que os diere gana.

— ¡Y me prometéis que el secreto mas inviolable!...

— Lo que es menester es que vos mismo sepais conservarlo. Hasta mañana.

— Hasta mañana.

Cerróse la puerta sin ruido, y el caballero que se había quedado solo permaneció algunos momentos inmóvil, con una mano apoyada en la frente como para comprimir las violentas ideas que á pesar de su aparente sangre fria se atropellaban en su imaginacion. Después rechazando con esfuerzo los sentimientos dolorosos que le agitaban, se dirigió hácia el castillo diciendo para sí:

— Ahora vamos á veriguar cuál es la culpada, y si es ella ¡pobre del seductor!

Apenas habia dado veinte pasos, cuando se encontró con una turba de criados, entre los que se distinguian varios de los huéspedes del castillo, que andaban reconociendo atentamente por todas partes, y á los que la llegada del caballero arrancó una exclamacion de sorpresa.

— ¡Toma, pues si era el caballero! exclamó Bernard muy contento.

— Y solo del todo, añadió el comandante riéndose; ni hay aquí ladrones ni tampoco... otra cosa.

— En efecto, soy yo que me paseaba tranquilamente, dijo el caballero con la mas completa serenidad y sin detenerse, ¿qué ha sucedido aquí?

— Nada, sin duda... ¡Se habia creído oír!... El señor Antonio es el que ha mandado...

— Aquí hay misterio, dijo en voz baja y sonriéndose el comandante al caballero: se ha visto á una dama tapada deslizarse hácia el castillo: se han oído voces... ¡Y se charla, señor caballero!... Se murmura espantosamente.

— ¡Locura! dijo M. de Clermont dando una carcajada; eso me cuesta el andar corriendo de noche por los jardines de Sibry como un poeta romántico... Vamos, señores, perdonadme una extravagancia que ha inter-

rumpido vuestro sueño y ¡buenas noches! ¡descansad!

Llegaban en aquel instante al castillo, y el caballero antes de atravesar sus umbrales levantó la cabeza para mirar: el mismo perfil de hombre se dibujaba en negro dentro del cuadro iluminado de la ventana de la torre.

Eran las nueve de la mañana: el comandante acababa de recibir los periódicos de París, y se habían instalado en el comedor, pieza inmensa y sin duda la más curiosa del castillo. Desde muchos siglos antes en nada se había alterado la disposición de los muebles que la adornaban, y aunque estaba decorada con la mayor sencillez, bastaba pisar sus umbrales para creerse trasladados a los tiempos de los primeros señores de Sibry, cuyos descendientes se traspasaron el empeño de conservar la casa solariega en toda su antigua perfección. Ciertamente el aspecto general de la sala era algo triste, porque el revestimiento de las paredes, los muebles, sillas y todo eran de encina, a la que el tiempo había impreso un tinte denegrido y harto sombrío. El techo era de la misma madera, realzado con esculturas doradas, destacándose de su centro una gran araña de cobre con muchos brazos, que resaltaba suspendida sobre la mesa. Esta, a la que según se decía, el Jabalí de las Ardenas (4) se había sentado, ocupaba la mayor parte de la sala, llamando la atención el maravilloso trabajo de sus pies. Las dos extremidades de la inmensa chimenea se veían sobrecargadas con admirables esculturas de piedra blanquiza del país, que representaban atributos de caza, flores y frutas, trabajado todo con la mayor pureza y elegancia, mostrándose en su centro las armas de familia, que sostenían dos angelillos con las alas abiertas.

El escudo estuvo pintado y dorado en otro tiempo; pero la intemperie había barrido dorado y colores. Grandes armarios cubiertos de cristales encerraban hermosas porcelanas: algunos retratos de familia se veían encuadrados en el revestimiento; y en fin, antiquísimas y altas sillas esculpidas y con asientos de caña completaban el adorno de aquel comedor, que estaba iluminado por anchas ventanas, de las que unas caían al patio y otras al jardín.

Tan absorto estaba el comandante en la lectura de las discusiones políticas, que apenas echó de ver que froándose los ojos entró en la sala madama Bernard; ni oyó sino a medias que le dió los buenos días, trabajando con ahínco para disimular un bostezo.

— Soy vuestro servidor, señora, contestó con urbanidad, y poniéndose en pie el guerrero; ¿cómo habeis pasado la noche?

— Bastante mal; á fuerza de idas y venidas no me han dejado dormir, y esto sobre no poder olvidarme del maldito bicho de ayer... En fin, cuando ya principiaba á conciliar el sueño, M. Bernard se levantó y vistió para salir á cazar. ¡Qué espantosa aventura la de ayer, señor comandante! ¿Sabeis que poco faltó para que fuésemos devorados todos? Esa madama Monteil que estaba conmigo en la choza no ha querido contener sus gritos ni un instante... No sé cómo el demonio del perro no nos tragó mil veces.

— Hoy se va, señora, ó á lo más tarde mañana por la mañana, repuso el comandante: está esperando sus caballos.

— Buen provecho le haga, y no lo siento ni poco ni mucho, porque nuestros ángeles están de espaldas... Comandante, habeis fumado... Sí, habeis fumado, no hay porque negarlo; si no fumarais dejaríais de ser militar.

Presentóse madama Monteil en aquel momento, y dirigiendo á madama Bernard un saludo muy frío, fué á escoger la silla que le pareció más distante de la que ocupaba la inspectora de aduanas.

— ¿Cómo habeis pasado la noche, señora? la preguntó el comandante, que no usaba por las mañanas de otra fórmula de atención con todas las señoras del castillo.

— Estoy muy incomodada, respondió madama Monteil con voz doliente: he pasado una noche espantosa, y como quiero estar pronto en mi casa, pienso marchar esta tarde mismo; al menos, así lo espero.

— ¿Por qué eso, señora? ¿qué razón hay para tan precipitada marcha? dijo el comandante.

— Eso es llegar y volverse, añadió madama Bernard. Madama Monteil no se dignó ni de honrar á madama Bernard con la mejor respuesta, ni aun de volver los ojos hacia ella.

— Sí, comandante, nos vamos esta tarde. Suceden aquí cosas á las que no estoy acostumbrada. No sé si me deo entender. Por mi parte, me voy.

— Es de esperar que lo de ayer no vuelva á renovarse: ¿habían de venir todos los días malditos perros rabiosos á...

Madama Monteil, decidida á no contestarle, á pesar de que se alegraba de que madama Bernard oyese lo que se proponía decir, dijo con acento misterioso:

— Sí, señor comandante; os digo que una mujer que se respete á sí propia, no puede permanecer en semejante casa después de lo que he visto esta noche... ¡Suceden aquí cosas!

— Vamos: ¿qué sucede? preguntó ingenuamente Ducoudray.

— ¡Cómo! qué, ¿sucede alguna cosa? exclamó madama Bernard aproximándose con muestras de gran curiosidad. Contad eso, señora, porque ya entenderéis que si efectivamente se compromete una permaneciendo aquí.

— Imaginad, comandante, continuó la malvada erana, que anoche dormía yo tranquilamente, cuando me despertaron las voces que daban en el jardín.

— ¡Hay Dios mío! ¡pues si decían que el caballero estaba solo!

— Me asomé á la ventana, y ví á dos hombres que agarrados á brazo partido gritaban y se amenazaban...

— Pues entonces, el caballero se amenazaría á sí mismo, porque M. Bernard me ha dicho que cuando ellos llegaron nadie había en el jardín más que M. de Clermont; quizá estaría declamando versos...

— Entonces, continuó madama Monteil, sin darse por entendida de las interrupciones, desperté á mi marido para que se levantara y fuese á ver qué era aquello. Salí gruñendo, porque gruñe siempre, y yo me vestí, tomé luz y salí de mi cuarto para ir á ver lo que sucedía; cuando de repente oí unos pasos muy ligeritos tras de mí y me volví para ver quién era el que tenía la humorada de pasearse á tales horas; pero en aquel momento me mataron la luz de un soplo y se alejaron con rapidez.

— ¡Dios nos asista! exclamó madama Bernard; algún fantasma sería.

— No, señora, no era un fantasma, contestó con calma irónica madama Monteil, sin mirar á la mujer del inspector de aduanas; lo primero, porque no creo que las haya, y además, porque las fantasmas, suponiendo que las hubiera, no es probable que se adornasen con mantones de gró de Nápoles negro como el que yo he visto y perfectamente palpado.

— Pues bien, ¿quién era? preguntó con impaciencia Ducoudray.

— No estoy enteramente segura de ello, comandante; pero, si no me engaño, el alma en pena nocturna debe ser cierta señorita que se ha burlado de todos nosotros con su fingida modestia.

— ¿Pero en fin?...

— Pues señor, indudablemente era Mlle...

Una especie de tumulto que se elevó en el patio principal del castillo impidió á madama Bernard que oyese el nombre de aquella á quien madama Monteil acusaba de la travesura nocturna; con todo, la buena señora iba á dirigir urgentes y multiplicadas preguntas á la narradora; mas se escuchó la voz de su marido entre violentas reconvenções mezcladas con carcajadas de risa, y arrojando una exclamación corrió llena de inquietud á asomarse á la ventana.

Habiéndola imitado el comandante y madama Monteil vieron en el patio á M. Bernard con un fusil en la mano y en traje de cazador, disputando acaloradamente en medio de un grupo de aldeanos que de cuando en cuando le amenazaban. A pocos pasos del grupo principal se observaban otros dos hombres que en unas angarillas llevaban un animal bastante grande y que parecía recién muerto. Uno de los aldeanos particularmente se mostraba muy encarnizado contra el pobre Bernard, á quien había cogido del cuello de la chaqueta y no permitía soltarle.

— M. Bernard, ¿qué es lo que haces? le preguntó asustada su mujer, ¿de dónde vienes? ¿que pretende de tí esa gente?

El desgraciado inspector levantó la cabeza, y viendo á su mujer y á las otras dos personas que estaban asomadas á la ventana, dió una contestación que se perdió entre los alaridos de los aldeanos, sin que se pudiera distinguir más que las palabras «caza y miserables contrabandistas», pronunciadas con grande ira.

— Ese ha causado alguna desgracia, dijo madama Bernard muy inquieta y disponiéndose para bajar á socorrer á su marido.

— ¡Voto á Sanes! Si es que viene de cazar no es mala presa la que trae, dijo riéndose el comandante á madama Monteil; ¿no es un perro igual al de ayer el que esa gente lleva en las parihuelas?

— Muy capaz es de eso, porque el tal M. Bernard es bien torpe.

En aquel momento entraban en la sala las dueñas de Sibry, el caballero, Clotilde y las demás personas que habitaban el castillo, ignorando todos de qué procedía aquel ruido alarmante. Acababa la condesa de rogar en voz baja al caballero se llegase á saber qué era aquello, cuando abriéndose repentinamente la puerta se dejó ver el infeliz Bernard despavorido y sujeto siempre del cuello por el vigoroso aldeano su perseguidor.

Detúvose este en el umbral de la puerta, intimidado por la presencia de tan numerosa sociedad. Bernard se introdujo cubierto de sudor y de polvo, y dirigiéndose rápidamente hacia su mujer, mientras saludaba por señas á derecha é izquierda, decía sin resuello:

— Os saludo, señores; suplico me perdoneis, señoras, no es nada, nada; se trata de una maldita burla que me han hecho estos malditos aldeanos, de los que no hay uno siquiera que no sea contrabandista.

— Pero hacednos el favor de explicarnos...

Bernard nada escuchaba: al llegar junto á su mujer, que estaba como petrificada de admiración, la dijo algunas palabras al oído, á las que aquella respondió en voz alta:

— ¡Dinero!... ¿y para qué lo quieres? ¡yo no entiendo!...

El comandante, que había permanecido asomado á la ventana, dejó oír una estrepitosa carcajada.

— Ya sabemos lo que es, exclamó: nuestro buen M. Bernard vuelve de cazar, y ha matado... un ternero nada menos.

— ¡Un ternero! exclamaron casi todos los presentes, riéndose á mas no poder.

— Pues bien; sí, señor, continuó el pobre inspector,

que no podía negar su culpa, porque el cuerpo del delito estaba en el patio á la vista de todos. Es verdad, me equivoqué, y por apuntar á un pajarillo que estaba en una mata, tuve esa desgracia... pero en fin, ¿es ese motivo para que me traigan arrastrando hasta aquí por el cuello de la chaqueta, y para sublevar contra mí una aldea entera? ¡Cuando digo que todas esas gentes son contrabandistas que pretenden vengarse de la inflexibilidad con que cumplo mis deberes!...

Las risas se renovaron, y mientras que M. Bernard y su mujer disputaban sobre aquel nuevo género de caza, el caballero se aproximó al aldeano dueño del animal muerto, le dió algunas monedas de oro y le despidió. La condesa, á quien sin duda fastidiaba aquella escena, á pesar de lo que tenía de cómica, para terminarla mandó servir el desayuno, y bien pronto se sentaron todos á la mesa dirigiendo pullas y pesadas bromas á los pobres esposos, que no estaban en estado de responder.

El almuerzo, tan alegremente principiado, no continuó sin embargo en el mismo tono, porque se conocía que ni la condesa ni el caballero estaban tan desembarazados y afectuosos con sus huéspedes como de costumbre, y Clotilde y Mlle. de Sibry se mostraban silenciosas y tristes.

El buen humor que los dueños del castillo no participaban, fué desapareciendo poco á poco; la conversación general cesó, y cada uno se limitó á dirigir en voz baja algunas palabras á sus vecinos, las que generalmente no tenían ya por objeto la aventura cómica del inspector de aduanas.

Aquel disgusto general continuaba hacia algunos instantes, cuando un nuevo suceso, poco importante al parecer, vino á aumentarlo ahogando la jovialidad hasta en los más desahogados burlones.

Antonio, el ayuda de cámara del conde de Sibry, entró en la sala y se aproximó gravemente á Clotilde: su rostro, siempre triste y austero, manifestaba una expresión aun más sombría que la de costumbre; é inclinándose con atención hacia la jóven, le dijo con acento desplegado y respetuoso y de modo que pudiera hacerse oír de todos los presentes, para quienes su aparición en aquel momento era bien extraordinaria:

— El señor conde ruega á Mlle. Clotilde se sirva, si á bien lo tiene, pasar á su habitación después del desayuno.

La jóven se levantó vivamente, y dijo con manifiesto terror y admiración:

— ¡El señor conde me hace llamar!... ¿á mí?... ¿estais seguro de que no os equivocais?

El caballero y la condesa se dirigieron una mirada mútua, en la que se retrataba su inquietud. Hermancia estaba trémula, y los huéspedes avivaron su curiosidad. Era tan raro que el anciano conde diese muestras de notar que había gentes á su alrededor, que todo lo que recordaba la existencia de aquel hombre singular inspiraba siempre vivas sensaciones.

— No me equivoco, señorita; dijo el viejo Antonio, repitiendo su saludo, y como tengo el encargo de presentaros al amo, os espero en la antesala.

Inclinóse de nuevo y se retiró al cuarto próximo destinado á los criados, dejando á los circunstantes profunda, aunque diversamente preocupados, por un incidente que, á excepción del castillo de Sibry, en cualquier otra parte hubiera sido sencillísimo.

Apenas salió, volvieron á renovarse en voz baja las conversaciones particulares, sin que se generalizaran cual había sucedido antes de principiar el desayuno. Inauditos esfuerzos hacia la condesa para que no se advirtiese la turbación que había causado aquella orden del conde, así como el caballero los hacía por su parte, aunque sin provecho, para llamar la atención de los huéspedes hacia otros objetos. Clotilde parecía muy conmovida, bien fuese porque notaba que sobre ella se había fijado la curiosidad general, ya por el temor que debía inspirarle de antemano la extraordinaria visita que se le obligaba á hacer á un hombre á quien nunca había visto sino al través del fantástico prisma del misterio y del miedo.

— Nada tendrá de particular que estas sean resultas de la aventura de anoche, dijo madama Monteil al comandante con aspecto satisfecho y aproximándose á su oído. El conde no se chancea; quizás se proponga hacer un ejemplo, y cualquiera en su lugar... mirad qué pálida está: no se le habrá escapado que le vamos descubriendo el juego.

— Esto es muy natural, respondió el comandante. El demonio del viejo con sus ojos vidriosos tiene un modo de mirar á las gentes que trastorna: por lo que hace á mí, puedo asegurar que no me ha costado poco trabajo acostumbrarme á ello; y eso que, gracias á Dios, tengo dadas pruebas de que no me asusto de las sombras.

— ¡Vaya, pues, señor comandante, esa es una preocupación! Segura estoy de que en cuanto á mí no me causarían impresión alguna sus miradas.

El almuerzo fué corto, porque estaban los huéspedes demasiado impacientes por averiguar lo que iba á suceder, para que se mantuviesen en la mesa entre conversaciones insignificantes como solía acontecerles. Por otra parte, la condesa levantándose precipitadamente dió la señal de que se retiraran, lo que hicieron todos, pasando del comedor al salón, en donde se dividieron en grupos, exceptuando á Clotilde, que se quedó sola y pensativa sentada junto á la mesa, como si se propusiera retardar algunos instantes la temida entrevista.

M. de Clermont se deslizó fuera del salón, y aproximándose á la jóven con su calma y urbanidad acostumbrada, la dijo:

(Se continuará.)

(1) El célebre Guillermo de la Mark.

Destruccion

de las

ARMAS DE LOS INSURRECTOS

Cuando se ha visto que la guardia nacional daba tanta fuerza á los insurrectos, era de esperar lo que ha sucedido, esto es, que la institucion seria abandonada por sus mas ardientes defensores.

A mayor abundamiento, hay otra causa. Puesto que se trata de reorganizar el ejército de un modo que hará extensivo el servicio á todos los franceses, claro es que la guardia nacional no tiene razon de ser; ¿para qué una guardia nacional si todos los hombres son soldados?

Todas estas razones reunidas han hecho que la guardia nacional reciba con satisfaccion la órden del desarme.

Se han entregado los fusiles con alegría, y la autoridad militar puede estar segura de que la guardia nacional no ha tenido, ni remotamente, la intencion de oponer la mas ligera resistencia.

Pero hay mas aun; los guardias nacionales del órden no esperaron las prescripciones del mariscal Mac-Mahon para entregar sus fusiles. El último dia de la batalla los ciudadanos los arrojaban á la calle.



Destruccion de las armas de los insurrectos.

Los soldados que veian en las aceras estos montones de fusiles, los tomaban y los hacian pedazos sobre el empedrado.

Uno de nuestros dibujos reproduce esta escena, que fué uno de los últimos incidentes en los dias de combate.

R. DE M.

que los acompañaban. Llegado el dia, los comunistas pegaron fuego al círculo; pero el administrador, en vez de huir, como le aconsejaban, se encaminó hácia las tropas, que introdujo en la plaza, mientras flanqueaban la barricada por el faubourg Saint-Honoré. Así se salvó el Guarda-Mueble.

Las ruinas

de

LOS INCENDIOS.

Ciertos barrios, ciertos monumentos de Paris se parecen en el dia á edificios, como un esqueleto se parece á un hombre.

Damos hoy dos dibujos que representan con la mas fiel exactitud esos cadáveres de casas destruidas.

Uno de ellos ofrecerá á nuestros lectores el aspecto de la calle Real. Los defensores de la Commune ocupaban en ese sitio el círculo de la calle Real, llamado círculo ó casino de los *Moutards*. La última noche hubo allí una orgía indescriptible entre los jefes federados y las mujeres perdidas



El Ministerio de Hacienda despues del incendio.

Continuando nuestro camino por la calle de Rivoli, llegamos al ministerio de Hacienda, que no es mas que un monton de ruinas. La inmensidad del desastre atestigua el odio que tenia la Commune á esta grande administracion. Desde los primeros dias de su instalacion habia tratado la cuestion del Gran Libro de la Deuda pública, y no necesitamos decir que sus intenciones eran las de abolir la renta. La idea fija de aquellos hombres era la destruccion de la propiedad. Sin embargo, la coleccion de los registros que componen el Gran Libro se ha salvado, mientras todo lo demás fué devorado por las llamas.

El incendio de este ministerio empezó el miércoles, pero fué imposible acudir con auxilios, porque los insurrectos le ocupaban todavía. Los mismos bomberos organizaron este incendio con petróleo.

*
**

Estamos en el Palacio Real.

El miércoles 24 de mayo, á las tres de la mañana, los comunistas pegaron fuego al Palacio Real, derramando petróleo en todas las habitaciones.

Los socorros de la bomba de la Biblioteca Nacional y de los obreros que envió el director del Banco, no pudieron salvarle, y á las seis de la mañana el interior del Palacio, propiamente dicho, estaba enteramente quemado.

Hoy el Palacio Real se halla convertido en campamento.



Los transeuntes recogiendo cadáveres en las calles de Paris.

Soldados bajo los peristilos, soldados en la galería de Orleans, soldados en el patio. El Palacio Real recuerda en este momento la vida militar del sitio. La gente se detiene á contemplar el pintoresco aspecto de esas instalaciones militares.

R. DE M.

Los dias andaban por Paris eran los furgones llenos de los instrumentos y materias que dan la muerte, y los carros encargados de levantar á los que habian caído!

La abundancia de cadáveres era tal, que, faltando brazos, detenian á los transeuntes en las calles y les obligaban á cargar muertos en los carros, como se ve en nuestro dibujo.

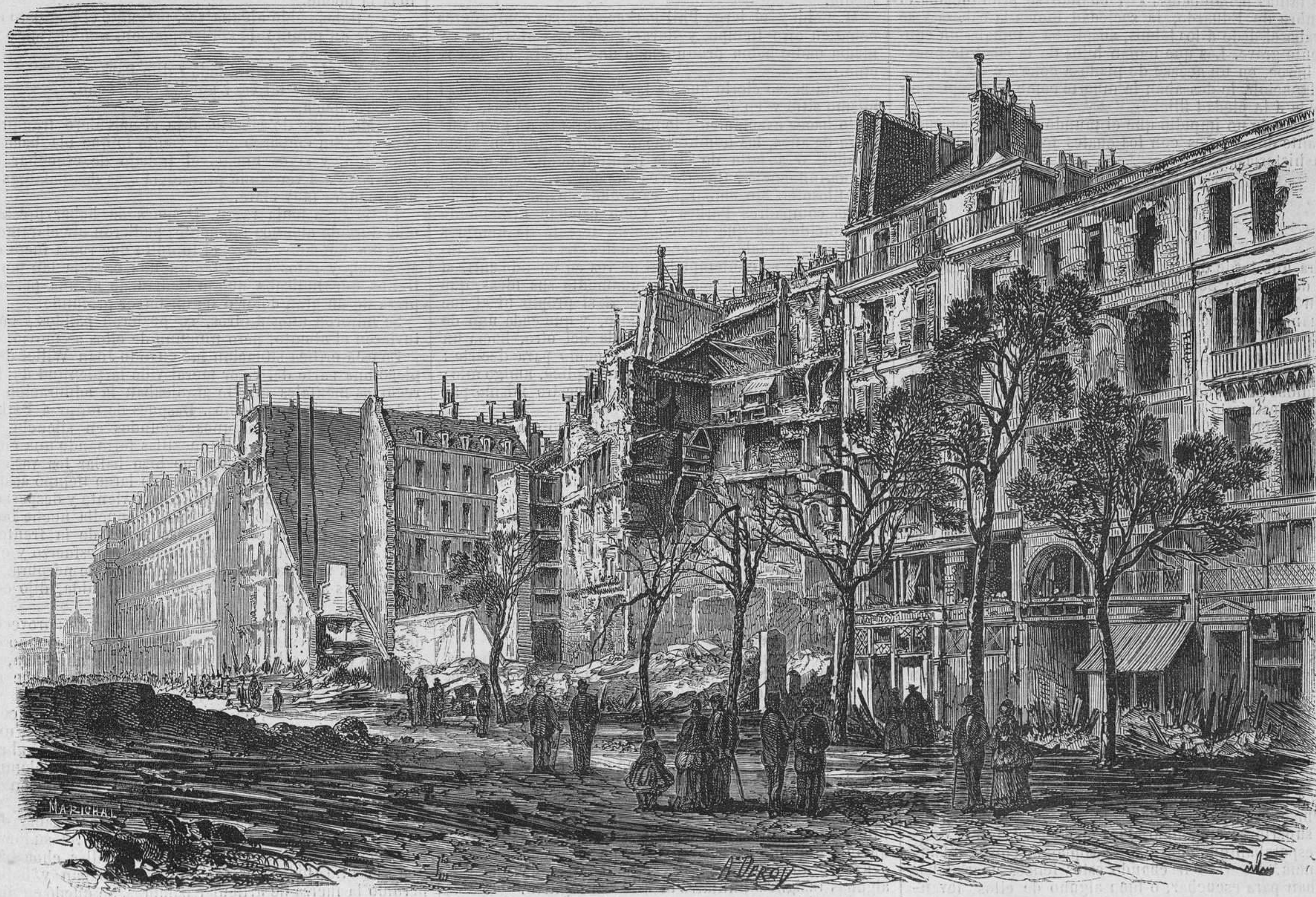
Ya hemos dicho que cubrian de cal las zanjas en los cementerios; pero parece ser que esta precaucion no es suficiente, y se trata de recurrir á otros medios.

Los cadáveres

EN LAS CALLES.

Una vez terminada la lucha, preciso fué ocuparse en recoger los cadáveres insepultos en las calles ó enterrados provisionalmente al pié de las barricadas, tarea que, á la verdad, no era de escasa importancia. Los combatientes muertos luchando, los combatientes fusilados despues de la lucha, y los prisioneros fusilados por los tribunales marciales, formaban un triple contingente, que daba á la muerte mucho mas de lo que la muerte podia llevarse.

La administracion de las Pompas fúnebres y las ambulancias hacian circular carros y angarillas durante la batalla para recoger los muertos y heridos. ¡Los únicos vehiculos que aque-



Aspecto de la calle Rea á la entrada del faubourg Saint-Honore.

Una comision que ha tratado esta cuestion tan importante para la salud pública, acaba de adoptar las siguientes resoluciones: van á abrir las zanjas, derramarán en ellas diez centímetros de alquitran, y una vez bien impregnados los cadáveres los regarán con petróleo para quemarlos.

Es de desear que estas resoluciones se pongan pronto en ejecucion. Estamos en el mes de junio, y una enfermedad contagiosa, al cabo de tantos desastres, seria el último de nuestros suplicios.

R. de M.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 961.)

— Eres tan irreligioso, tan rebelde y tan profano, respondió su padre volviéndose hácia él con indolencia, que debo interrumpirte. Es imposible que nuestra conversacion continúe en este tono. Si tienes la bondad de tirar del cordón de la campanilla, el criado te acompañará hasta la puerta, y te suplico que no te presentes mas en esta casa. Puedes marcharte ya que no te queda ningun sentido moral, y vete al diablo que es el único bien que te deseo.

Eduardo salió del aposento sin responder, sin mirar, y se alejó de su casa para siempre.

El rostro del padre se encendió levemente, pero no se advertia ya en él la menor alteracion cuando llamó y dijo á su criado luego que entró:

— Peak, si ese caballero que acaba de salir...

— ¿Qué caballero? ¿El señorito Eduardo?

— ¿Había aquí alguna otra persona, majadero? Si ese caballero envía á buscar su ropa, se la entregarás, y si se presenta en persona, no estoy para él nunca en casa. Se lo dirás así y cerrarás la puerta.

Pocos dias despues se decia en voz baja en todos los salones que M. Chester era muy desgraciado y que su hijo le causaba muchos disgustos. Las buenas gentes que lo oyeron y lo repitieron se asombraron de la grandeza de alma del desdichado padre. « ¡Qué carácter tan noble ha de ser el suyo, decian, para manifestar tanta calma tras tantas penalidades!» Y cuando se pronunciaba el nombre de Eduardo, la sociedad movia la cabeza y se llevaba el dedo á los labios, suspiraba y tomaba un continente grave. Los que tenian hijos de la edad de nuestro héroe, en un acceso de piadosa cólera y de virtuosa indignacion, le deseaban la muerte como una expiacion debida á la piedad filial.

Pero esto no impidió que el mundo siguiese su curso durante cinco años con los cuales forma un paréntesis esta historia.

XXXIII.

Era una tarde de invierno de los primeros meses del año de Nuestro Señor mil setecientos ochenta.

Un viento penetrante del Norte se alzó hácia la niebla, y cuando apareció la noche, el cielo estaba negro y encapotado. Una violenta borrasca de menudo granizo, frío como el hielo, barió las calles húmedas y resonó en las trémulas ventanas. Las muestras de las tiendas, sacudidas sin piedad en sus marcos quejumbrosos, cayeron con estrépito en la calle, algunas vetustas chimeneas vacilaron y bambolearon bajo el huracan como hombres ébrios, y mas de un campanario se balanceó aquella noche como en un terremoto.

Los que podian proporcionarse en su casa luz y fuego se guardaron muy bien de salir á arrostrar la furia de la tempestad. En los mejores cafés los parroquianos reunidos en torno de la estufa olvidaban la política y se decian unos á otros con secreta alegría que el viento era por minutos mas terrible. Cada humilde taberna de la orilla del río reunia en derredor del fuego su grupo de incultos personajes que hablaban de buques zozobrando en el mar y de tripulaciones perdidas, referian sendas historias de naufragio y de hombres ahogados, hacian votos para que los marineros amigos suyos saliesen sanos y salvos y movian la cabeza con ademan de duda. En las casas particulares los niños acurrucados junto á la llama del hogar escuchaban los cuentos de duendes y aparecidos, de grandes figuras blancas que se aparecian en pié en el borde de la cama, y de personas que habiéndose quedado á dormir en una iglesia y sustraídas á la vigilancia del sacristan, se habian encontrado allí solas á las altas horas de la noche. Los pobres niños se estremecian al pensar en los tenebrosos aposentos del piso superior, y sin embargo les placía oír gemir el viento y esperaban que continuaria soplando con la misma violencia. De vez en cuando estos felices charlatanes callaban para escuchar, ó bien alguno de ellos, levantando el dedo, decia: « ¡Chist!» Y entonces sobre los silbidos del viento en la chimenea y el ruido del agua

que azotaba los cristales, se oia un estruendo lamentable, impetuoso, que sacudia las paredes como con una mano de gigante, despues un ronco bramido como el del mar airado, despues un torbellino tan impetuoso que parecia que el aire era presa de un delirio, y por último las oleadas del viento pasaban con rapidez lanzando aullidos prolongados y dejaban el intervalo de un momento de reposo.

Aquella noche, aunque no habia nadie fuera para verla, habia grande iluminacion en el Maypole. ¡Qué grato era verla tras la vieja cortina encarnada de la ventana... de un hermoso color de escarlata, que mezclaba en una rica corriente de esplendor el fuego y la luz, los platos, los vasos y los convidados, y que brillaba como un ojo jovial sobre el sombrío desierto de la campiña! ¿Qué alfombra podia compararse á la arena que crujía bajo los piés en la cocina? ¿Qué música era mas alegre que el chisporroteo de los tizones? ¿Qué perfume mas suave que el apetitoso vapor de los guisados? ¿Qué temperatura mas fecunda que la del calor del hogar? Allí estaba la vetusta casa sólida como un peñasco. En vano el viento encarnizado rugia en torno de su robusto tejado, y en vano soplaban en su desesperada lucha con las largas chimeneas, pues su loca furia no impedía que sus gargantas hospitalarias vomitaran grandes nubes de humo y se las arrojase á la cara como desafiándolo. En vano se cansaba el viento en sacudir y abofetear con estruendo las ventanas; cuanto mas empeño ponía en apagar aquel alegre brillo que le ofuscaba, con mayor esplendor centellaba animado por la lucha.

¿Y qué diremos de la profusion, de la opulenta prodigalidad de aquella espléndida taberna? No bastaba que un solo fuego brillara y chisporroteara en su espacioso hogar, pues en cinco hornillos distintos brillaban y chisporroteaban cinco fuegos con igual claridad, ni bastaba que una sola cortina encarnada rechazase las hoscas tinieblas y derramase su alegre influencia en la ancha cocina, porque en cada tapadera de cacerola, en cada candelero, en cada vasija de cobre, amarilla ó roja, ó de estaño, colgada de las paredes, habia innumerables cortinas encarnadas que adquirian un brillo súbito á cada movimiento de la llama, y ofrecian por todos lados perspectivas sin límites de este rico color. Los maderos, las sillas, los bancos, todos los objetos de madera lo reflejaban con un débil resplandor, y habia llamas y cortinas rojas hasta en los ojos de los tertulianos, en sus botones, en el vino y en las pipas.

Juan Willet estaba sentado en el sitio donde le vimos ya cinco años antes con los ojos fijos en el mismo caldero. Estaba sentado allí desde las ocho, y no daba mas señales de vida que su respiracion acompañada de un ronquido sonoro y continuo, aunque estaba muy despierto, y el movimiento de sus manos al llevarse el vaso de vez en cuando á los labios y al vaciar la ceniza y renovar el tabaco de la pipa. Eran sin embargo las diez y media.

M. Cobb y el largo Phil Parkes eran sus compañeros como en otro tiempo, y durante dos mortales horas y media nadie habia pronunciado una palabra en la cocina.

¿Será acaso cierto que de tanto sentarse juntos en el mismo sitio y en las mismas posiciones relativas, y de tanto hacer exactamente lo mismo durante un gran número de años, los hombres acaban por adquirir un sexto sentido, ó á falta de él, la facultad oculta de ejercer mútua influencia? Cuestion es esta cuya resolucion dejo á la filosofía. Sin embargo, es indudable que el tio Juan y sus compadres Parkes y Cobb estaban firmemente convencidos de que formaban un terceto de hombres superiores, de talentos excepcionales. Es igualmente indudable que se contemplaban de vez en cuando entre sí como si se comunicasen continuamente sus ideas, que ninguno de ellos se consideraba á sí propio ni al que estaba á su lado como silencioso, y que cada uno de ellos cuando encontraba la mirada del otro, hacia un ademan afirmativo con la cabeza como para decirle: « Lo que acabais de decir no tiene réplica, amigo mio; no se puede expresar mejor; soy de vuestro mismo parecer. »

La cocina estaba tan caliente, el tabaco era tan delicioso y el fuego tan cariñoso que el tio Juan principió á adormecerse por grados; pero como, á consecuencia de un largo hábito, habia adquirido de un modo superior el arte de fumar durmiendo, y como su respiracion era casi la misma dormido ó despierto, á excepcion de que en el primer caso experimentaba una pequeña dificultad parecida á la que experimenta un carpintero cuando su cepillo ó su sierra encuentran un nudo en el camino, ninguno de sus compañeros se habia apercebido de que dormía hasta que tropezó con uno de estos obstáculos.

— Ya se durmió Juan, dijo en voz baja Parkes.

— Y ronca como un fuelle, añadió Cobb.

No dijeron nada mas hasta que Juan Willet llegó á otro nudo, nudo de dureza sorprendente que parecia que iba á causarle convulsiones, pero que por un esfuerzo sobrehumano logró vencer sin despertarse.

— Está soñando, dijo Cobb.

Parkes, que era tal vez un dormilon de primera clase, repuso con algun desden: « ¡Qué dormir tiene tan pesado!» y dirigió la mirada á un anuncio pegado en el borde de la chimenea. En la parte superior de este anuncio se veía un grabado en madera que representaba un niño de pocos años huyendo rápidamente con un paquete á la punta de un palo, y para facilitar la inteligencia de los espectadores, el dibujante habia añadido algunas insignias militares al lado del fugitivo.

Cobb dirigió la vista al mismo sitio y examinó igualmente el anuncio como si lo viera por primera vez. Este

anuncio era un documento que el mismo posadero habia dictado cuando desapareció su hijo José, y en él informaba á la nobleza, al clero y al público en general las circunstancias en que su hijo habia huido de la casa paterna, pintaba su traje y su figura, y ofrecia una gratificacion de cinco libras esterlinas á la persona ó personas que se apoderasen del fugitivo y lo remitiesen sano y salvo al Maypole en Chiquell ó le hospedasen en algunas de las cárceles de S. M. hasta que su padre accudiese á reclamarlo. En este anuncio el tio Juan, á despecho de los consejos y ruegos de sus amigos, habia insistido de una manera obstinada en representar á su hijo como « un niño » y le daba en su filiacion diez y ocho pulgadas de estatura menos de la que tenia en realidad. Esta doble inexactitud bastaba para explicar tal vez el único resultado que habia producido el anuncio, esto es, el haber enviado á Chiquell diferentes veces y con gastos considerables hasta cuarenta ó cincuenta vagos cuya edad variaba desde los seis á los doce años.

Cobb y Parkes miraban, pues, con aire misterioso el anuncio, despues se miraban mutuamente y por último miraban al tio Juan. Desde el dia en que el posadero habia cogido á su hijo por el cuello de la chaqueta, no habia hecho nunca alusion alguna sobre este punto ni de palabra ni con el ademan, así como no habia permitido que nadie le hablase de su hijo. Así pues nadie sabia cuáles eran sus ideas ó sus opiniones sobre cuestion tan importante, si se acordaba de José ó si le habia olvidado, y hasta si habia llegado á creer que la fuga de su hijo era un acontecimiento fabuloso. Por consiguiente, hasta cuando dormia, nadie se atrevia á hacer alusion alguna sobre este punto en su presencia, y esta era la causa del silencio de sus amigos.

El tio Juan habia tropezado sin embargo en tal complicacion de nudos que era indudable que iba á despertarse ó á morir. Optó por la primera alternativa y abrió los ojos.

— Si no llega dentro de cinco minutos, dijo Juan, cenaremos sin él.

El antecedente de este pronombre habia sido pronunciado por última vez á las ocho. Parkes y Cobb, acostumbrados á este género de conversacion intermitente, respondieron sin dificultad que Salomon tardaba en efecto mucho, y que les asombraba su insólita tardanza.

— Supongo que no se le habrá llevado el viento, dijo Parkes, aunque el viento es bastante fuerte para llevarse fácilmente á un hombre como él. ¿Oís? Cualquiera diria que disparan cañonazos. Esta noche habrá gran tumulto en el monte y mañana podrá cogerse mas de una rama rota en el suelo.

— No romperá nada en el Maypole, dijo el tio Juan. Que lo pruebe; le doy permiso. ¿Qué es eso?

— El viento, respondió Parkes. Aulla como un perro y gime como un cristiano; no ha hecho otra cosa en toda la noche.

— ¿Habeis oido alguna vez, preguntó el posadero despues de un minuto de contemplacion, que el viento dijese « Maypole »?

— ¿Y quién lo habrá oido? dijo Parkes.

— ¿Ni « eh » tal vez? añadió el tio Juan.

— Tampoco.

— Me alegro de saberlo, dijo el posadero tranquilizándose. Sin embargo era el viento lo que oia hace un momento, y si os tomais el trabajo de escuchar sin hablar, vais á ver cómo pronuncia esas dos palabras de una manera muy clara.

El tio Juan tenia razon. Despues de haber prestado oido durante algunos momentos pudieron oír claramente gritos humanos sobre el tumulto que rugia fuera del Maypole, y estos gritos tenian una energia tan penetrante, que indicaba que procedian de alguna persona presa de un gran dolor ó de un terror profundo.

Se miraron unos á otros, se pusieron pálidos y contuvieron el aliento, pero ninguno de ellos se movió.

En esta crítica situacion fué cuando Juan Willet desplegó una parte del vigor moral y de la plenitud de los recursos mentales que le granjeaban la admiracion de todos sus amigos y vecinos. Despues de mirar á Parkes y á Cobb durante algunos segundos en silencio, se acercó las dos manos á las mejillas formando una concavidad y lanzó un rugido que hizo bailar los vasos y estremecer los cristales, un berrido largo tiempo sostenido y discordante que, rodando con el viento y despertando los ecos, aumentó el tumulto de aquella noche borrasca. Entonces, con todas las venas de la frente y de la cara hinchadas por este formidable esfuerzo y cubiertas sus mejillas con un color subido de púrpura, se acercó mas al fuego, y volviéndole la espalda, dijo con dignidad:

— Si esto puede alentar á alguno, que se aproveche del aviso, y si es inútil, lo siento por él. Si alguno de vosotros quiere salir á ver quién anda por ahí fuera, es libre de hacerlo; por mi parte, debo confesar que no soy curioso.

Mientras hablaba, el grito se fué acercando, acercando, se oyó rumor de pasos debajo de la ventana, una mano levantó el picaporte de la puerta, la cual se abrió y volvió á cerrarse con violencia, y el sacristan Salomon Daisy se precipitó en la cocina con su linterna en la mano y su vestido en desorden y chorreando agua.

Seria difícil imaginar una pintura mas exacta del terror que la que presentaba el sacristan. Su sudor le llenaba de perlas toda la cara, sus rodillas chocaban una con otra, todos sus miembros temblaban y habia perdido la fuerza de articular palabras. Se quedó en pié, respirando con dificultad, fijando en sus amigos miradas tan despavoridas, que quedaron infectados con su

terror, aunque ignorasen la causa, y reflejando su rostro espantado, retrocedieron sin atreverse á dirigirle pregunta alguna. Finalmente, el tío Juan, en un acceso de momentáneo delirio, le cogió por el corbata, y le sacudió con tal fuerza aun exponiéndose á estrangularle, que se oyeron rechinar sus dientes.

— Decidnos al momento lo que teneis, gritó el tío Juan, ó vais á morir; decidnos lo que os pasa ó os arrojó de cabeza al caldero. ¿Cómo os alreveis á venir tan espantado? ¿Os persigue alguno? Hablad, hablad..... ó voy á estrangularos.

El tío Juan estuvo tan próximo á cumplir en su frenesí su amenaza, que Salomon Daisy principiaba á sacar un palmo de lengua; y ciertos sonidos roncós, parecidos á los de un hombre que se asfixia, salían ya de su garganta, cuando los dos amigos, que habían recobrado en parte la presencia de ánimo, le arrancaron la víctima y colocaron sobre el banco al sacristán de Chiwell. Este dirigió una mirada recelosa en torno de la cocina, suplicó con voz débil que le diesen de beber, é instó para que pasasen el cerrojo á la puerta de la casa y echasen las barras en las ventanas sin perder un momento.

La última súplica no era la mas propia para tranquilizar á sus oyentes, pero hicieron lo que pedía con toda la celeridad posible, y despues de servirle un vaso de ponche casi hirviendo, esperaron con impaciencia el relato de su aventura.

— ¡Oh Juan! dijo Salomon cogiéndole la mano y sacudiéndosela. ¡Oh Parkes! ¡Oh Tomás Cobb! ¿por qué salí esta tarde de la posada? ¡El diez y nueve de marzo! ¡El día mas terrible del año... el diez y nueve de marzo!

Todos se acercaron al fuego. Parkes, que era el que estaba mas cerca de la puerta, se estremeció y miró de reojo, y el tío Juan que reparó en esta mirada, le dijo con indignación:

— ¿Teneis miedo? Parece imposible.

Y mirando hácia la puerta con soberano desprecio, se retiró hácia el rincón hasta pegarse en la pared.

— Cuando os dejé esta tarde aquí, dijo Salomon Daisy, no recordé que los días eran muy cortos. Nunca había ido á la iglesia despues de anochecer en semejante día hace veinte y siete años, porque he oído decir que, así como nosotros celebramos nuestros cumpleaños durante nuestra vida, los fantasmas de los muertos que no están á su gusto en sus sepulcros, celebran el aniversario de su muerte... ¡Cómo ruge el viento!

Nadie dijo una palabra; todas las miradas estaban fijadas en Salomon.

— Debí reconocer la fecha al ver este tiempo tan execrable. En todo el año no hay una noche como esta, no, no la hay; nunca duermo tranquilo el diez y nueve de marzo.

— Ni yo tampoco, dijo Cobb en voz baja; continuad.

Salomon Daisy se llevó el vaso á los labios, y lo dejó en la mesa con mano tan trémula que la cucharilla sonó en el cristal como una campana.

« ¿No os decía yo, continuó, que todos los años en este mismo día sucedía alguna cosa que nos recordaba aquel terrible suceso? ¿Suponeis que únicamente por casualidad me había olvidado de dar cuerda al reloj del campanario? Nunca me he olvidado, y eso que es preciso darle cuerda todos los días. ¿Por qué me había de faltar la memoria en este día y no en los otros?

» Salí de aquí con tanta celeridad como me era posible, pero tenía que ir antes á casa para tomar las llaves, y el viento y la lluvia me azotaban con tal furia por el camino, que á duras penas podían sostenerme las piernas. Llego por fin, abro la puerta y entro. No había encontrado un alma en todo el camino, y esta soledad me alarmaba. Ninguno de vosotros quiso acompañarme, y teníais razón si presagiábais lo que iba á suceder.

» El viento soplaba con tal violencia, que tuve que empujar con toda mi fuerza para cerrar la puerta de la iglesia, y sin embargo, se abrió de par en par dos veces con tanto impetu, que cada uno de vosotros hubiera jurado al ver la resistencia que oponía á mis esfuerzos que alguien la empujaba por fuera. Pude sin embargo pasar el cerrojo, entré en la torre y subí hasta el reloj; ya era hora, porque apenas le quedaba cuerda para veinte minutos.

» Cuando cogí la linterna para salir de la iglesia, de pronto acude á mi mente la idea de que era el diez y nueve de marzo, pero me acude como si una mano robusta me la hubiese encasquetado de un puñetazo en la cabeza. En aquel momento oigo una voz fuera de la torre... una voz que se alzaba entre los sepulcros. »

El tío Juan interrumpió precipitadamente al orador, y suplicó á Parkes, que estaba sentado enfrente de él y miraba fijamente sobre su cabeza, que si veía alguna cosa tuviera la bondad de decirselo. Parkes se excusó declarando que no veía nada, y que miraba de aquel modo para escuchar mejor. El tío Juan repuso con cólera que su manera de escuchar con semejante expresión de fisonomía no era muy agradable, y que si no podía mirar como todo el mundo, obraría muy bien si se tapase la cara con el pañuelo. El buen Parkes prometió con gran sumisión que no volvería á mirar de aquella manera tan sospechosa, y Juan Willet, volviéndose hácia Salomon, le suplicó que continuase.

El sacristán, despues de esperar que pasase una violenta ráfaga de viento y lluvia que parecía conmover hasta la sólida posada desde sus cimientos, continuó en estos términos:

— Y no me digais que sería efecto de mi imaginación ni que tomara por voz humana el ruido del vendaval; no. Oía el viento al través de los arcos de la iglesia, oía el campanario que se bamboleaba resistiéndose

al huracán, oía la lluvia que azotaba las paredes, oía que las cuerdas de las campanas se agitaban y las hacían tocar, y oía por fin aquella voz.

— ¿Qué decía? preguntó Tomás Cobb.

— ¿Qué sé yo? Ni siquiera sé si eran palabras. Profrirí una especie de grito, como lo haría cualquiera de nosotros si nos persiguiera en el sueño una vision terrible ó se nos apareciera de improviso. Despues se desvaneció en los aires repetida por los ecos de la iglesia.

— No creo que eso sea motivo suficiente para tanta alarma, dijo el tío Juan respirando con desahogo y mirando en torno suyo como quien se siente aliviado de un gran peso.

— Tal vez no, repuso el sacristán, pero aun no he concluido.

— ¿Qué mas nos vais á contar? preguntó el tío Juan parándose en el momento en que principiaba á enjugar la frente.

— Lo que he visto.

— ¡Lo que habeis visto! repitieron los tres inclinándose hácia él.

— Cuando abrí la puerta de la iglesia para salir, dijo el sacristán con una expresión de fisonomía que era un testimonio evidente de la sinceridad de su convicción, cuando abrí la puerta de la iglesia para salir, lo cual hice bruscamente porque tenía que cerrarla antes que otra ráfaga de viento me lo impidiese, pasé tan cerca de un bulto que se parecía á un hombre, que hubiera podido tocarlo alargando el brazo. ¡Estaba con la cabeza descubierta en medio del huracán! Se volvió para mirarme, y clavó sus ojos en los míos. ¡Era un fantasma... un espíritu!

— ¿De quién? preguntaron los tres á coro.

En el exceso de su conmoción, porque cayó sobre el respaldo del banco y agitó su mano como si les suplicara que no le preguntasen mas, su respuesta se perdió para todos á excepción del tío Juan que estaba sentado cerca del sacristán.

— ¿De quién? volvieron á preguntar Parkes y Cobb mirando con ansiedad á Salomon Daisy y al posadero.

— Señores, dijo el tío Juan tras una larga pausa, no hay necesidad de preguntárselo. Era la imagen de un hombre asesinado. ¡Hoy es el diez y nueve de marzo! Siguió á estas palabras un profundo silencio.

— Soy de parecer, dijo el tío Juan, de que haríamos muy bien todos en guardar el secreto. Semejantes historias no gustarian mucho en La Garenne. Guardemos el secreto por ahora, porque podríamos atraernos alguna desgracia, y quién sabe si Salomon perdería su colocación. Importa poco que sea una realidad ó una ilusión lo que nos ha contado, pero estoy seguro de que nadie lo creerá. En cuanto á las probabilidades, dijo el tío Juan mirando los rincones de la cocina de una manera que indicaba que, como algunos otros filósofos, no estaba del todo seguro sobre su teoría, no creo que un fantasma que haya sido un hombre sensato durante su vida, salga á pasearse con un tiempo como este, y digo por mi parte que á estar yo en su caso no haría semejante cosa.

Pero esta doctrina herética encontró una fuerte oposición en los tres tertulios, que citaron numerosos ejemplos para demostrar que el mal tiempo era precisamente el mas propicio para esta clase de apariciones, y Parkes, en cuya familia por línea materna había habido un fantasma, argumentó con tanto talento y tal vigor de razones, que el tío Juan se hubiera visto obligado á retractarse vergonzosamente, si no hubiesen traído la cena á la cual atacaron con formidable apetito. El mismo Salomon Daisy, merced á la influencia benéfica del fuego, de las luces, del aguardiente y de la buena compañía, recobró sus sentidos hasta el punto de manejar el cuchillo y el tenedor con un garbo que le honraba, y de desplegar en beber y comer una capacidad tan notable que disipó todos los recelos que pudo inspirar sobre los efectos del susto que había pasado.

Terminada la cena, volvieron á juntarse delante del fuego, y con arreglo á la costumbre en tales circunstancias, discutieron todas las cuestiones relativas á aquella misteriosa historia; pero Salomon Daisy, á pesar de las tentaciones de la incredulidad, se mantuvo tan firme en su fe, y repitió tantas veces su relato con variantes tan ligeras y con protestas tan solemnes de la verdad de lo que había visto con sus propios ojos, que sus oyentes se asombraron con legitimo derecho mucho mas que la primera vez. Como aprobó la opinión de Juan Willet relativamente á la prudencia que le imponía la obligación de no contar á ningun extraño aquella historia, á no ser que se le apareciese á él el fantasma, en cuyo caso sería necesario aconsejarse inmediatamente con el señor cura, se tomó la resolución solemne de guardar el mas estricto secreto y esperar los acontecimientos. Y como la mayor parte de los hombres gustan de tener un secreto que en un caso dado pueda darles importancia, llegaron á esta conclusión con completa unanimidad.

Sin embargo, se iba haciendo muy tarde, había pasado hacia ya mucho rato la hora habitual de su separación, y los tertulios se despidieron para ir á acostarse. Salomon Daisy puso un nuevo cabo de vela en la linterna y se retiró á su casa escoltado por Phil Parkes y Cobb que estaban menos conmovidos que el sacristán. El tío Juan, despues de acompañarles hasta la puerta, volvió á la cocina á entregarse á sus meditaciones con auxilio del caldero mientras escuchaba el viento y la lluvia que continuaban bramando con desatada furia.

Apenas habían trascendido veinte minutos desde que el tío Juan contemplaba el caldero, cuando concentró sus ideas en un punto único dándole por objeto la historia

de Salomon Daisy. Cuanto mas meditaba mayor era la convicción de su talento y sagacidad y era mas intenso su deseo de comunicar su opinión á M. Haredale. Por último, resuelto á representar en este negocio un papel principal, un papel de la mayor importancia, y deseando por otra parte anticiparse á Salomon y á sus dos amigos, que no tardarian en ir á publicar la aventura con considerables adiciones y corolarios, confiándola al menos á unos veinte amigos discretos como ellos y muy verosímilmente al mismo M. Haredale, al día siguiente tal vez, resolvió ir á La Garenne antes de acostarse.

— Es mi propietario, pensó el tío Juan, mientras cogía una vela, y fijándola en un rincón fuera del alcance del viento, abría una ventana en la parte trasera de la casa que caía á la caballeriza.

— Durante estos últimos años, añadió el mesonero, no hemos tenido relaciones tan frecuentes como antes, y como se verán muy pronto cambios en la familia, es preciso que mi dignidad no desmerezca. Los cuentos é historias á que dará lugar esta aventura le causarán justo enojo, y me conviene prevenirle y que lo sepa todo por mi conducto. ¡Hola! ¡Hugo! ¡Hola! ¡Hugo!

XXXIV.

Cuando repitió este grito una docena de veces y despertó á las gallinas y los palomos, se abrió una puerta de una de las caballerizas, y una voz preguntó qué novedades había para no dejarle dormir en paz por la noche.

— ¡Cómo! ¿No duermes bastante, perezoso, para que no te se pueda despertar una vez al año? dijo el mesonero.

— No, respondió la voz mientras el orador bostezaba y se esperezaba. No duermo la mitad de lo que necesito.

— No sé cómo puedes dormir cuando el viento ruge como un león, y hace volar las tejas como un juego de naipes, dijo el tío Juan. Pero no importa; abrígate como puedas, y sube, porque has de acompañarme á La Garenne. ¡Muévete! ¡Listo!

Hugo, despues de murmurar y gruñir dos ó tres segundos, entró en la caballeriza y volvió á salir con una linterna y un garrote, y cubierta la cabeza y parte del cuerpo con una vieja manta de caballo. El tío Juan le recibió en la puerta excusada, y le introdujo en la cocina mientras se arropaba con una manta y una capa, y se envolvía la cabeza con tantos tapabocas que su respiración era un misterio.

— Supongo, mi amo, dijo Hugo, que no permitireis que salga á acompañaros á media noche sin darme un trago.

— No lo permitiré, repuso el tío Juan, te daré un trago cuando me hayas traído sano y salvo á casa, porque entonces podrás beber con menos peligro para la solidez de tus piernas. ¡Ea pues! levanta la linterna, y anda dos pasos delante para alumbrarme el camino.

Hugo obedeció de mala gana, moviendo la cabeza con ademan remolón y lanzando hácia las botellas una mirada de impaciente deseo. El tío Juan, despues de mandar á su cocinera que tuviera la puerta cerrada con llave durante su ausencia y que no abriese á nadie so pena de ser despedida, siguió á Hugo en medio del tumulto del aire y la oscuridad del cielo.

El camino estaba tan resbaladizo y lleno de charcos y la noche era tan oscura, que si el tío Juan hubiera sido su propio piloto se hubiese arrojado en un profundo estanque á algunos centenares de pasos de la casa y hubiese terminado indudablemente su carrera en aquella innoble esfera de actividad. Pero Hugo, que tenía la vista penetrante de un halcón y que además de este don natural era capaz de encontrar su camino con los ojos vendados á doce millas en contorno, arrastró á su amo á remolque haciéndose el sordo á sus advertencias, y se encaminó segun sus ideas personales y sin escuchar siquiera las de su amo.

Los dos hicieron frente á la furia del viento, Hugo aplastando bajo sus pesados piés la húmeda yerba y andando como de costumbre con aire salvaje y fanfaron, y el tío Juan siguiéndole á dos palmos de distancia, eligiendo el sitio donde poner los piés, mirando en torno suyo para descubrir alguna zanja ó charco ó para ver si encontraba algun espectro extraviado por el bosque, y manifestando tanto terror é inquietud como podía expresar su inmutable fisonomía.

Llegaron por fin á la calle de árboles que conducía á La Garenne.

El edificio estaba sombrío, pero desde una ventana salía un rayo de luz que oscilaba entre las tinieblas.

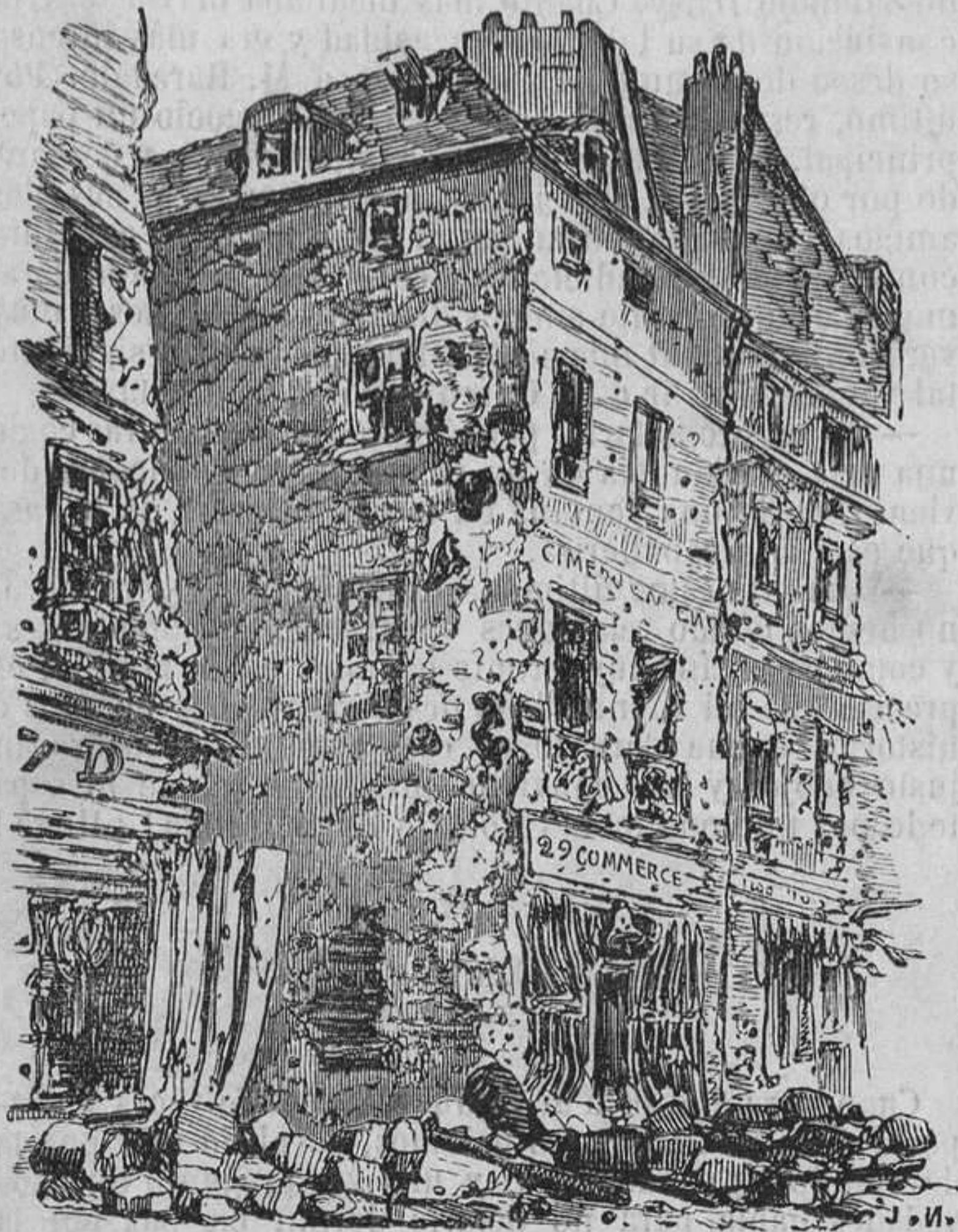
El tío Juan mandó á su piloto que le condujese hácia este punto luminoso, que era lo único que animaba aquella escena fría, triste y silenciosa.

— El antiguo salón, dijo el posadero lanzando una mirada pavorida, el aposento de M. Reuben... ¡Dios nos asista! Me asombra que su hermano tenga gusto en estar allí á estas horas y especialmente en una noche como esta.

— ¿Y dónde podría estar mejor? preguntó Hugo colocándose la linterna junto al pecho para preservarla del viento mientras despabilaba la vela con los dedos. ¿No es cuarto aseado, caliente y bonito?

— ¡Bonito! dijo el tío Juan con indignación. Veo que tienes formada una idea excelente de lo bonito. ¿Sabes, estúpido, lo que sucedió en este cuarto?

— ¿Y por eso ha de ser mas feo? repuso Hugo mi-



Una casa del faubourg Saint-Antoine.

dadme la mano. La escalera es tortuosa y estrecha. Poco á poco, muchacho! Agitais la linterna como si fuera un incensario.

Hugo, que habia llegado ya á la puerta excusada, cesó de agitar la linterna, y subió por la escalera volviéndose de vez en cuando para alumbrar los escalones. M. Haredale iba detrás de él y observaba su rostro sombrío con mirada poco favorable, y Hugo contestaba á este exámen devolviéndole con usura sus miradas anti-páticas mientras los tres subian por la escalera de caracol.

La ascension terminó en una pequeña antesala inmediata al aposento donde el posadero y Hugo habian visto luz.

M. Haredale entró primero, les condujo al través de esta estancia hasta la del fondo, y se sentó junto á un escritorio donde se hallaba al tirar el tío Juan del cordon de la campanilla.

— Entrad, dijo al posadero que se quedaba en la puerta y saludaba. Vos no, añadió con precipitacion dirigiéndose á Hugo que entraba como su amo. Willet, ¿por qué traeis aquí á este hombre?

— Señor, respondió el tío Juan arqueando las cejas y bajando su voz hasta ponerla en el diapason de la de M. Haredale, es un mozo robusto y un buen compañero para andar por la noche.

— No os fieis mucho de él, dijo M. Haredale fijando sus ojos en Hugo. A mí me inspiraria menos confianza. Tiene mala mirada.

— Hay muy poco talento en su mirada, repuso Willet lanzando la suya de reojo á su criado. Es un estúpido.

— Creedme, no os fieis de él, dijo M. Haredale. Esperad en esa sala, muchacho, y cerrad la puerta.

Hugo se encogió de hombros, y con un ademán desdenoso que indicaba que habia oído ó adivinado el sentido de las palabras que su amo y Haredale habian pronunciado en voz muy baja, hizo lo que le mandaban, y cuando se retiró y cerró la puerta, M. Haredale se volvió hácia el tío Juan, y le invitó á que le dijese lo que tenia que comunicarle, pero sin alzar la voz, porque habia oídos muy finos á la otra parte de la puerta.

Hecha esta advertencia, Willet contó en voz muy baja lo que habia oído decir y lo que habia pasado aquella noche, apoyándose particularmente en su sagacidad personal, en su gran respeto á la familia y en su solicitud por la paz de su alma y su felicidad.

La historia conmovió á su oyente mucho mas de lo que se esperaba el tío Juan. M. Haredale cambió de pronto de actitud, se levantó, se paseó por el aposento, volvió á sentarse, le suplicó que repitiese con tanta exactitud como le fuera posible las mismas palabras de que se habia servido Salomon, y dió tantos indicios de turbacion y malestar que sorprendió al mismo Willet.

— Habiéis hecho bien, dijo al terminar aquella larga conversacion, en aconsejarles que no divulgasen semejante historia; es una ilusion, hija del débil cerebro de un hombre lleno de temores supersticiosos. La señorita Emma se disgustaria muchísimo si llegase este cuento á sus oídos, porque toca muy de cerca á un asunto que nos llena de dolor, y no podria oirlo con indiferencia. Habiéis sido muy prudente y os estoy sumamente agradecido.

Estas palabras colmaban las esperanzas del tío Juan, pero hubiera preferido ver á M. Haredale tranquilo mientras le daba las gracias, en vez de verle paseando de un extremo á otro de la sala, hablando con tono brusco y agitado, parándose de pronto para clavar los ojos en el suelo, y volviendo á pasearse como un loco y casi sin saber lo que decia ni lo que hacia.

(Se continuará.)

rando fijamente el abultado rostro de su amo. ¿Preservaba menos de la lluvia, de la nieve y del viento? ¿Es menos caliente ó menos seco porque hayan asesinado allí á un hombre? Un hombre mas ó menos importa muy poco.

Y Hugo prorumpió en una carcajada. Willet fijó sus ojos estúpidos en su acólito, y principió por una especie de inspiracion á pensar que era verdaderamente muy posible que Hugo fuese un hombre peligroso y que su prudencia le aconsejaba despedirle cuanto antes.

Pero como era bastante sagaz para no poner por obra su resolucion antes de volver á casa, se dirigió á la verja junto á la cual habia mediado este corto diálogo, y tiró del cordon de la campanilla.

Como la ventana de la cual salia la luz se hallaba en una de las alas del edificio, y solo estaba separada de la calle de árboles por un extremo del jardin al cual caia la verja, M. Haredale se asomó y preguntó quién llamaba.

— Perdonad, señor, dijo el posadero; sabia que os retirábais tarde, y me he tomado la libertad de venir porque tenia que hablaros dos palabras.

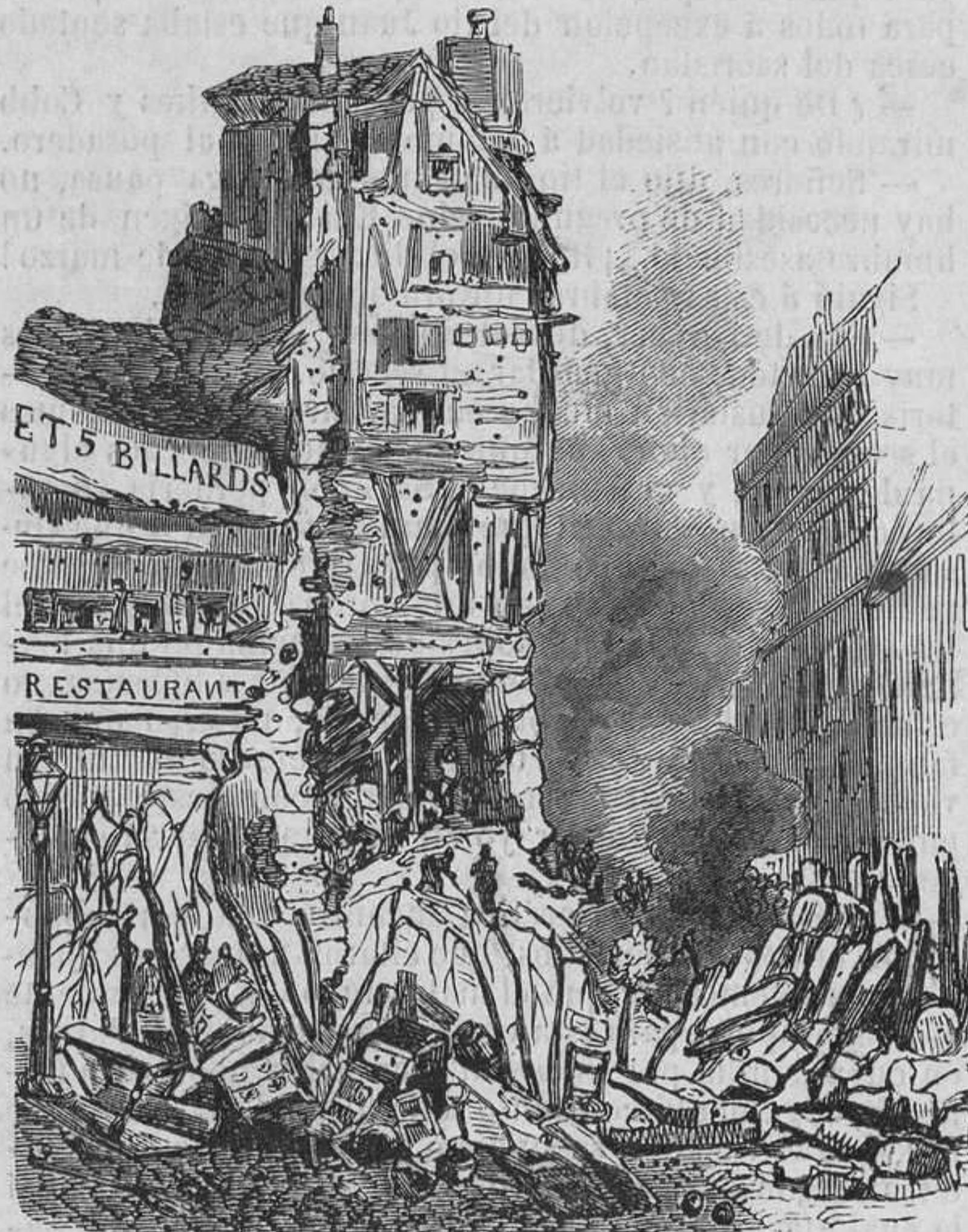
— ¿No sois Willet?

— Del Maypole, para servirlos, señor. M. Haredale cerró la ventana y se retiró, pero volvió á aparecer muy pronto en la puerta excusada que caia al jardin, y abrió la verja.

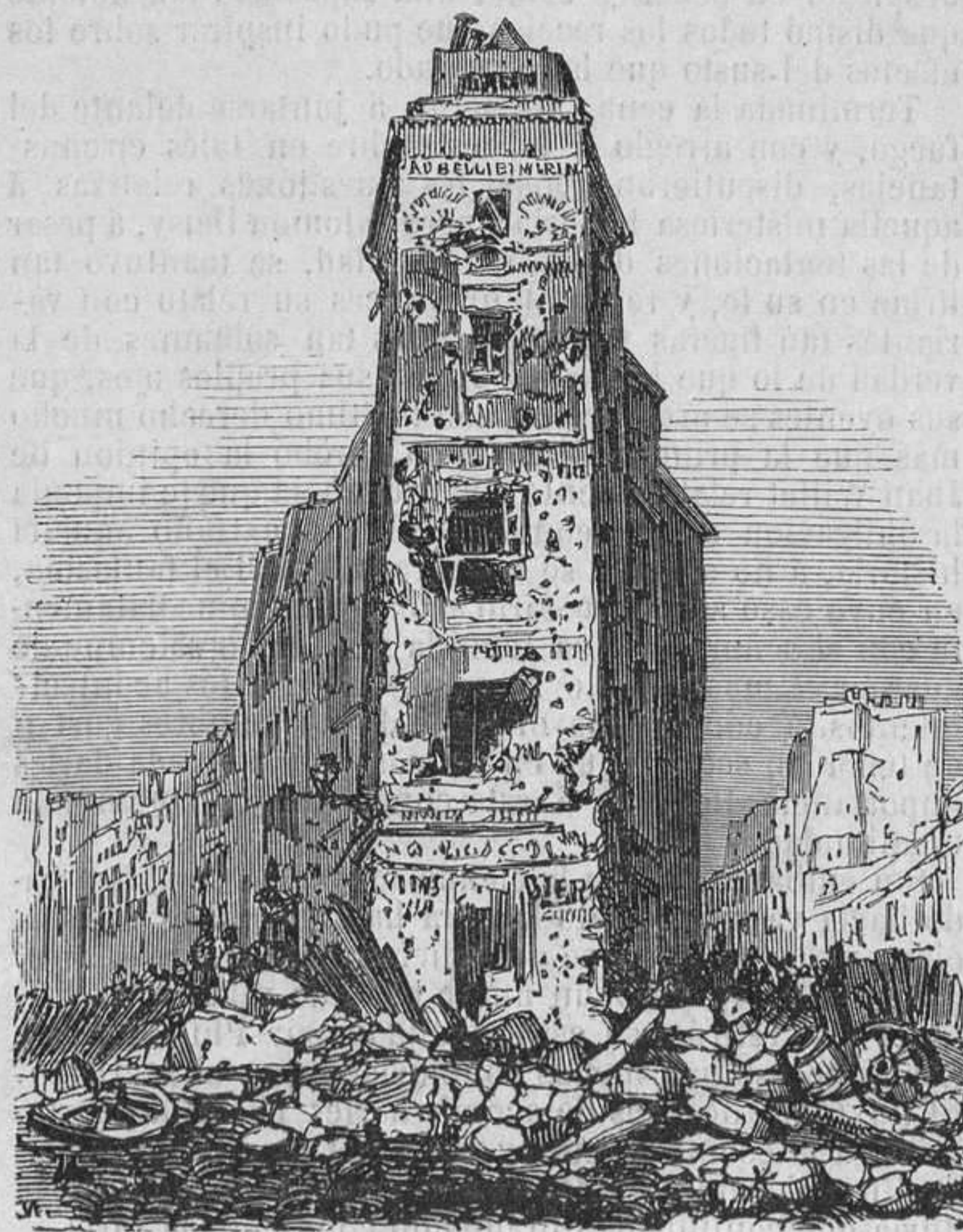
— Muy tarde venis, Willet. ¿Qué sucede?

— Muy poca cosa, señor, respondió el posadero; es una historia insignificante, pero he creído que no debiais ignorarla.

— Que vaya vuestro criado delante con la linterna y



Una casa de Menilmontant.



Ruinas de una casa en la plaza de la Bastilla.



Un cuarto de la misma casa.

AVISO

A NUESTRAS LECTORAS.

A pesar de los repetidos avisos en que hemos expuesto las dificultades con que hemos tenido que luchar para la publicacion de la MODA, diciendo al mismo tiempo que habiamos tomado nuestras medidas para continuarla, así que las circunstancias lo permitieran, recibimos cartas de América en que se nos hacen reclamaciones de los números correspondientes á los primeros meses de este año, y lo que nos es mas sensible aun, se nos pregunta si la MODA saldrá á luz lo mismo que en 1869 y 1870. Al primer punto hemos contestado ya prácticamente haciendo cinco números enviados á nuestros suscritores, y hoy añadiremos que los subsiguientes se darán á luz sin interrupcion y de modo que al fin del año el tomo esté completo; y en cuanto al segundo, nuestra contestacion será breve: el Correo de Ultramar, en los treinta años que lleva de existencia, no ha fallado jamás á lo que ha prometido, antes bien, sin reparar en gastos, ha introducido constantes mejoras en todas sus publicaciones. Hoy mismo, sin salir de la MODA, diremos que el número 5, lleva un doble figurin iluminado, de gran tamaño, que representa en una hermosa coleccion todas las principales novedades del día. Aunque inútil para la mayor parte de nuestros suscritores que nos conocen hace tanto tiempo, hemos creído que debiamos protestar así ante unas reclamaciones de todo punto inmerecidas, si se toman en cuenta los sucesos de Paris durante el sitio y la guerra civil, y los antecedentes del Correo de Ultramar, que tiene á punto de honor el cumplir siempre y en todas ocasiones con todos sus compromisos.